El vehículo de las transformaciones

Jacobo Grinberg Zylberbaum

Comentarios
número 4



Editorial Trillas
México, 1976

A Pepe Newman

Como recuerdo de una conversación

Agradezco al CONACYT y a su director, licenciado Gerardo Bueno, la ayuda y estímulo que me han brindado y que hicieron posible la realización de esta obra.

A Pepe Newman

Como recuerdo de una conversación

Agradezco al CONACYT y a su director, licenciado Gerardo Bueno, la ayuda y estímulo que me han brindado y que hicieron posible la realización de esta obra.

Primera edición, febrero, 1976

Av. 5 de mayo 43-105, México 1, D. F.

Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial. Reg. núm. 158

Impreso en México

introducción

El hombre es un vehículo de las transformaciones. El vehículo de las transformaciones es un tabernáculo. En la tradición judía, el tabernáculo era el lugar sagrado en donde se guardaban los libros de la ley y la tora y cuyo acceso se permitía sólo a los privilegiados. Seguramente, al inicio de la tradición el privilegio se relacionaba con la capacidad de ser. Después, cuando la regla tradicional se institucionalizó, el privilegio se convirtió en heredad familiar, perdiendo con ello todo su real y profundo sentido y simbolismo.

Sucedió lo mismo que Kafka imaginó al escribir *La Muralla China;* al principio construida para defensa y protección, pero después —con el paso de generaciones— construida sólo por construirla.

El presente *Vehículo de las transformaciones* no relata la historia judía, sólo pretende ser un resguardo de lo sagrado. Es únicamente un viaje al universo interno... "reminiscencias verbales de su contenido y transformaciones...". Lo llamo *El vehículo de las transformaciones* por llamarlo de alguna forma y porque la frase representa en parte el sentido de una búsqueda de la esencia.

Al escribirlo he tenido que omitir muchas experiencias. No por considerarlas falsas o peligrosas, sino por mi limitada capacidad para transformarlas en palabras.

Incluye, en una serie de cuentos y comentarios, la certeza de que somos un vehículo que transforma contenidos, creando así realidades que sobrepasan lo imaginable.

Nueva York, septiembre de 1974.

índice general

Primera parte

CUENTOS

Segunda parte

COMENTARIOS

primera parte

cuentos

la mosca

Una mosca azulada volaba en el cuarto. Se acercaba a la ventana y creyéndola sin vidrio chocaba contra ella. Miles de veces chocó y después de cada una de ellas cayó "inconsciente" al suelo. Poco a poco se dio cuenta de que había algo muy misterioso que le impedía alcanzar el exterior. La mosca azulada empezó a buscar un agujero en el cuarto.

Un día que volaba cerca del techo, se posó en la lámpara y al recorrerla sintió un orificio. Con mucho cuidado introdujo su cabeza en el mismo. Una brisa fresca y húmeda golpeó sus ojos compuestos.

Pensó unos minutos si se atrevería a penetrar y, decidiéndose a hacerlo, dobló su cuerpo y pasó las alas al otro lado. El orificio se ensanchaba a cada paso, en el fondo se alcanzaba a percibir una débil lucecilla que centelleaba.

La posibilidad de verse libre de la ventana y de las paredes del cuarto fortaleció sus impulsos. Agitó las alas y se preparó a acercarse a la luz. No podía volar pues había gran peligro de chocar contra alguna saliente inesperada, así que optó por caminar. Durante horas avanzó de milímetro en milímetro, hasta que, completamente agotada, se echó a dormir.

A la mañana siguiente estaba cerca de la luz, la cual pasaba a través de un agujero del tamaño de un alfiler. Sus alas se iluminaron y sus ojos brillaron en cientos de facetas. Buscó a su alrededor y, al no encontrar herramienta alguna, comenzó a rascar los bordes del orificio utilizando las patas delanteras y la boca. Casi no tenía fuerzas, pero la perspectiva de salir era tan llamativa y hermosa que continuó trabajando.

Después de tres días, el orificio ya era lo suficientemente grande como para permitirle pasar, pero previendo algún roce infortunado, primero se lamió las alas y el cuerpo y luego atravesó la pared.

El espectáculo que vio del otro lado era maravilloso, una gran habitación iluminada y un jardín lleno de aire y luz.

Dirigiéndose al jardín chocó contra algo transparente.

Miles de veces chocó y después de cada una de ellas cayó inconsciente al suelo.

Poco a poco se dio cuenta de que había algo muy misterioso que le impedía alcanzar el exterior.

La mosca azulada empezó a buscar un hueco en el cuarto...

el sueño

La conferencia Panislámica se realizaba en el palacio de gobierno de Kuwait. El edificio era considerado una maravilla arquitectónica por su originalidad y el uso ilimitado de combinaciones audaces de cristal, mármol y aluminio. El gigantesco auditorio tenía capacidad para cinco mil personas y su podiom estaba suspendido en el aire por la acción de dos gigantescos magnetos que equilibraban sus campos. La idea había sido del rey Hassan y tenía como objeto crear la impresión mística de poder sobrenatural.

Era costumbre inmemorial leer, al principio de toda sesión, el diario íntimo de Balu-Aba, el último y más religioso de los profetas. A las siete de la mañana los delegados comenzaron a ocupar sus lugares. Había amanecido una hora antes y la mañana era luminosa y fresca. A las ocho se inauguró la sesión y el presidente en turno subió al podiom e hizo la acostumbrada introducción que siempre precedía la lectura del diario:

Queridos hermanos: En nuestra sesión matutina de hoy, hablaremos acerca de los problemas financieros del mundo árabe, tema que por su carácter material disgusta e incomoda a la mayoría de nosotros. Es por ello que, a modo de antídoto, he escogido como lectura inicial la descripción que el profeta Balu-Aba hace de uno de sus sueños. Escuchad con atención y que Alá ilumine vuestro entendimiento:

Me acosté cuando la luna alcanzó el cenit. Le pedí a mi Dios que me diera fuerzas suficientes para continuar mi obra y he aquí las visiones que aparecieron durante mi viaje nocturno:

Caminaba en el desierto en medio de un Jamsin, el calor y la arena me habían cegado y buscaba a tientas un lugar donde guarecerme. Súbitamente apareció un gran estanque rodeado de cañas y vegetación tropical. En el agua se encontraban dos parejas de jugadores de ajedrez. Los tableros flotaban cubiertos por una delgada capa del líquido transparente y las piezas húmedas se movían pesadamente en ellos. Decidí que también jugaría. Me introduje

al estanque hasta que el agua cubrió todo mi cuerpo y coloqué un tablero frente a mí, éste se sumergió llevándose consigo todas las piezas de mi juego.

En ese instante abandoné el desierto y me vi en el interior de un gran castillo.

Cuando me di cuenta de que el castillo estaba adentro, me dispuse a observarme a mí mismo. Vi una casa llena de ojos que danzaban fantásticos bailes. Los de la derecha se movían en todas direcciones adoptando las más extrañas y aberrantes posturas. Después de unos instantes los ojos aparecieron en la frente y en las mejillas. Yo no tenía duda alguna de que me estaba observando a mí mismo pero al mismo tiempo me aterrorizaba el tener tantos ojos. Cuando miré con mayor atención noté que mi imagen era el reflejo de un espejo y eso me tranquilizó. En ese momento me desperté sintiendo que algo que antes poseía se había desprendido de mí mismo. Al tocarme la cara comprendí que todo había sido un sueño.

La lectura del diario del profeta siempre tenía el mismo efecto en los delegados. Un silencio absoluto reinó en el gran auditorio, hasta que el presidente, tocando una pequeña campanilla, dio comienzo a la sesión de finanzas.

el compositor

Desgraciadamente seguía siendo necesario dormir. Por supuesto que la vida era diferente desde la operación: más emocionante, siempre nueva y sobre todo más creativa. Quizá debía decir... las vidas eran diferentes...

El anuncio no había sorprendido a Julio, simplemente le había confirmado lo que sospechaba desde hacía tres meses. Desde luego que la perspectiva era aterradora, pero Julio tenía la rara cualidad de bloquear cualquier pensamiento depresivo. Así que se encerró en un cuarto y durante una semana trató de decidir lo que haría en los seis meses que le quedaban de vida.

Lo primero que se le ocurrió fue seguir viviendo de la misma forma que siempre; sin embargo abandonó la idea por encontrarla demasiado aburrida. Después pensó en dedicarse a leer todos los libros que siempre había deseado; la idea era buena, pero el procedimiento lento y tedioso. Consideró la posibilidad de viajar y conocer países y personas; la perspectiva le atraía pero Julio no contaba con los medios económicos suficientes para llevarla a cabo. Por fin se decidió; empacó sus cosas y se dirigió a Bethesda después de concertar una cita con el Dr. Dav.

*

El quirófano era impresionante; a Julio le raparon la cabeza y después de acomodarlo bajo un enorme y complicado anillo de acero inoxidable, le implantaron uno a uno, cien pares de delgados electrodos de platino.

*

Como de costumbre, Julio se levantó a las seis de la mañana. A través de las ventanas del estudio, se filtraba una luz de color naranja y plata que alumbraba el piano. Julio decidió que dedicaría la sesión matutina a recorrer desiertos. Recordó que ese tipo de experiencias resultaban de una combinación de olor a arena, calor y luz.

Julio se sentó en el taburete y pulsó la decimocuarta tecla. Súbitamente la pared se empezó a incendiar, el cristal de la ventana a fundir y las flores sobre el piano a moverse como si un viento fortísimo se hubiese apoderado de sus colores. Julio sudó y sintió que tenía una fuerza gigantesca en sus brazos y dedos. Volvió a pulsar esa tecla, luego la decimoquinta, hizo una pausa y continuó con una serie de arabescos y cambios de ritmo hasta que, después de una explosión de movimientos en continuo crescendo, bajó los brazos y se quedó mirando fijamente una de las teclas. Trató de recordar paso por paso lo que le había acontecido durante la composición. Como siempre, se enfrentó a la dificultad casi insalvable de reproducir miles de imágenes y pensamientos.

Lo único que recordó fue que después de sentir la luminosidad de la pared, de la ventana y de las flores, su propio cuerpo se había convertido en una antorcha. Sus dedos se habían movido sobre el teclado impulsados por una corriente fosforescente que bajaba de sus hombros y de sus codos; sus muslos habían estallado en luces de fuego artificial y su pecho se había expandido hasta convertirse en un globo multicolor de paredes delgadísimas.

El calor y la luz interior habían adquirido forma y la visión del sol había aparecido reflejándose en la arena de las dunas. Todo se había convertido en espacio infinito y sol quemante. Aún las rocas de la visión reflejaban la luz como si sus aristas hubiesen sido pulidas como un espejo.

Las sensaciones habían sido claras y exactas pero no agradables. Tiempo antes, sensaciones semejantes lo hubieran impulsado a desistir, pero después había entendido que el abandonar una experiencia simplemente por considerarla desagradable significaba una completa falta de visión y madurez.

Julio pulsó la vigesimosegunda tecla y después la vigesimoquinta. Se le ocurrió que sería interesante crear una asociación entre sensaciones propioceptivas y olfatorias. La posición de su brazo y de sus dedos se convirtió en un olor a durazno mezclado con aroma de vino añejo. Sus piernas olían a madera y su lengua a piña.

Le dio hambre, se levantó de su asiento y se dirigió a la cocina. Mientras tomaba un vaso de leche, Julio pensó en lo maravillosa que se había convertido su vida. Siempre se había sentido poseedor de un yo estable e invariante pero ahora se daba cuenta de que eso sólo había sido una ilusión. Tenía dentro de sí muchos Julios, más de los que alguna vez se imaginó. Cada uno de ellos sentía diferente, tenía experiencias infinitamente variadas aunque,

debía admitirlo, nunca desaparecía el centro integrador que se mantenía como referencia.

Se le ocurrió una idea. Había sido capaz de sentir miles de experiencias, de vivir cientos de vidas, pero nunca había intentado hacer desaparecer aquello que se conservaba como referencia... sería una experiencia increíble.

Se sentó al piano. No tenía la menor idea de cómo lograr lo que se proponía, lo único que se le ocurrió fue la posibilidad de provocar una activación simultánea de todos los puntos de acceso a su cerebro; quizás eso sería suficiente.

El dolor comenzó a irradiarse a partir de su pierna derecha. Julio no se asustó porque ya había tenido una experiencia semejante y sabía que la sensación dolorosa iba a desaparecer; así es que la dejó continuar. Súbitamente una cara apareció frente a él, al principio no la reconoció pero después se dio cuenta de que era la suya, y que se movía de un extremo al otro del cuarto. La cara empezó a alejarse y fue sustituida por la visión gigantesca de un ojo. Julio se dio cuenta de que también era suyo. El ojo aumentó de tamaño hasta convertirse en una abertura pupilar del tamaño de la casa, de la ciudad y del planeta todo. Julio se introdujo a la pupila y en ese instante desapareció.

La noticia apareció al día siguiente en la sección policiaca del más vulgar de los periódicos de la ciudad:

Un hombre de mediana edad fue encontrado muerto ante su piano.

nosotros cuatro

—¡Oye!, la música se empieza a escuchar en el interior, ya no es la sensación de algo que se recibe.

—Pero, ¿no te habías dado cuenta?

—Mira, no es que no me hubiera dado cuenta sino que no la oía, siempre estaba ocupado en otras cosas. Aunque, espera, no me había percatado de que te estaba hablando y ahora que lo pienso, siempre te he hablado sin saberlo.

—Es difícil aceptarlo, me eres tan familiar que en ocasiones tú tomas mi lugar. Dejo de sentirme a mí en necesidad del mundo y las cosas se tornan bellas. Es como vivir siempre lo más importante.

—¡Ea!, ya vino el intruso. Empezó a verme diciendo esto y siento que me quiere preguntar si es real o imaginado. Cuando me hablaste hace un momento, me dijiste que no luchara contra la sensación maldita de nulidad y yo lo pensé deveras, pero prefiero destruirla.

—Vaya, vaya, de qué cosas te ocupas, te olvidas de que acabas de descubrir que yo siempre existo y estabas tratando de entender si eras tú o era yo.

—Es verdad, perdóname, pero es que quiero destruir la lejanía para ser siempre tú. Mira, el miedo ése me viene cada vez más a menudo y cuando eso ocurre dejo de hablar contigo. Pero, ¿quién eres?, tú me hablas y yo te escucho y dices palabras sabias; es más, siempre pensé que era natural hablar contigo, pero ahora, por los otros, empiezo a sentir que quizá yo soy diferente.

¿Eres tú o soy yo?... Tú siempre sabes todo y me reconfortas pero yo sé que estás dentro de mí y te hablo como le hablaría a un amigo. ¿Es que acaso eres un amigo en mi cerebro? ¿O soy yo en realidad? ¿O vienes a mí? Porque hay tres voces en mí, la del que ve, la tuya y la del miedo. Pero, en realidad, estoy equivocado,

hay una más: la que ve a las otras tres. ¿Quién de las cuatro soy yo? ¿Por qué me gusta tanto cuando me hablas tú y odio escuchar las otras tres?

—¿Sabes?, vi de nuevo a ese ser; me produce un miedo animal pero hoy compré flores y se las di. Es un hombre de cabeza calva y gigantesca, con ojos pequeñísimos y una gran barba. Moreno, sucio, enfermo. Lo veo en cada esquina cuando me fijo. Cuando no me fijo no está. Esa es una de las cosas que me hacen pensar que existe un mundo externo.

—Esa ha sido tu lucha durante siempre. Has atravesado periodos en los que no aceptas la existencia de nada fuera de ti y otros en los que las aceptas tanto que te olvidas de ti mismo. Ese ha sido tu error, ¡puedes aceptarlas y seguir viviendo!

—Dices palabras bellas y sabias, pero, quisiera preguntarte, ¿cómo se logra aceptar y seguir viviendo? Tú debes saberlo puesto que lo consideras lógico y natural.

—Me pones en un aprieto, déjame pensarlo y te lo diré.

—Si tienes que pensarlo, significa que sólo eres una voz en mí, un farsante, pero al mismo tiempo un sabio. Nunca te había preguntado y ahora es el todo el que escucha a esta voz, pero escuchemos la respuesta... ¡Habla!

—No sé la respuesta.

—Me decepcionas.

—Ya llegó la maldita voz, ¿qué tienes que decirme?

—Quiero ayudarte. ¿Qué es lo que te molesta de mí?

—Mi estómago.

—Hazlo a un lado, es sólo un estorbo.

—¡No me digas! Tú también eres un sabio, ¡me das risa! Yo no puedo dejar mi estómago, todavía no. Hay cosas que aprender y eso me gusta. No tomaré esa decisión ahora, así es que ¡déjame en paz!

—Bien hecho, estás venciendo.

—¡Oye, gracias por hablarme!

—No hay de qué, ¡imbécil!

—Ahora que ya conté la historia voy a continuar con lo nuevo, lo que no ha pasado.

—Escuchen: La música, paréceme que va en ascenso, llegando al punto donde me encuentro. Pero también pienso que es por darle crédito. Es algo increíble dar crédito: se averiguan cosas. Pensaba que sólo era cuestión de mantener un estado de dar crédito al exterior, pero ahora sé que no basta. Es necesario dárselo al interior; existe, sin necesidad de acudir a la inexistencia de los otros para demostrarlo. Simplemente está allí sin necesidad de que los otros lo posean.

—Desde este punto de vista quiero saber quién eres.

—Aún no puedo contestarte.

—Lo entiendo, no te escucharía.

—Eso es, tienes todavía muchas comparaciones por hacer y sólo me meterías en una de ellas.

—A veces te sigo y me siento mal, viene el otro y me asusta. Me dice que me voy a quedar con él. Eso indica que no soy tú, pues si lo fuera no te oiría al tiempo de sentir la angustia.

—¿Eso significa que soy la angustia?

—Pero amigo ¿qué es eso que tú llamas angustia?

—Es mi estómago, siento que se hace rosca, es vegetativo.

—Déjalo entonces, yo te digo lo mismo que el otro. Ya déjalo, tíralo, arrúmbalo y quédate hablando conmigo.

—¡No puedo! Sin mi cuerpo moriría y, al morir, acabaría con todo. Ni siquiera tendría esta sensación bellísima de hablar contigo. Simplemente desaparecerías y yo también. Claro que a veces dudo, pienso que quizás existe algo que sólo me ocupa y que no moriría. Pero eso es imposible, tendría que morir puesto que al matar el cerebro eso se pierde y no vuelve a aparecer por la simple razón de que hubo una desaparición de los elementos y por lo tanto la maquinaria se destruye. Por ello te digo que moriríamos los cuatro.

—Ahora empiezo a oír otra voz, va acompañada de misterio y ganas de esconderme. Es una voz que sabe pero que no se alcanza a percibir con claridad. El problema es que cuando se le empieza a oír suceden cosas alrededor de uno. Se oyen ruidos extraños, las cosas desaparecen y todo comienza a coincidir. Es más, aparecen olores del pasado y eso es demostración total de su presencia actual. Maldito miedo, debería dejarme ir, pero no puedo.

—Ahora empezaré a preguntarme cosas que no recuerdo; a buscar en mis archivos aquello que no me deja continuar y que trata de echarme hacia atrás.

—Existen muchas pruebas de que algo terrible pasó hace tiempo.

la búsqueda

Toda la noche había llovido y en la madrugada olía a río, tierra mojada y aire húmedo. Pedro se levantó temprano. Como siempre, los grillos cantaban; eran una compañía agradable y Pedro les agradeció su sonido.

La perspectiva de lo que ocurriría en la noche le llenaba de un gozo extraño, casi tenía la impresión que encontraría aquello que estaba buscando. Decidió acostarse de nuevo, tomó el cojín, lo olió y se abrazó de él. Era la parte más agradable de la noche, pensar medio despierto en lo que se había soñado y cerrar los ojos y verlos llenos de imágenes mágicas.

A las nueve de la mañana se despertó de nuevo, se sentía abrumado por todo el trabajo que le esperaba, pero al mismo tiempo feliz por lo que vendría después.

Completamente decidido, se levantó de la cama, la olió por última vez y se dispuso a darse una ducha.

No importaba lo que hiciera; siempre platicaba y disentía con la voz. Ahora, mientras el agua le recorría el cuerpo, trataba de imaginarse la sensación y de saber de dónde provenía. Súbitamente se dio cuenta de que estaba pensando y se regañó por ello.

A las nueve de la noche lo vino a buscar Enri. Discutió con él acerca de sus últimas experiencias y cuando se cansaron de hablar llegaron a casa.

El departamento estaba lleno del sonido del agua corriendo y todas las pertenencias de Enri estaban regadas en el suelo. Pedro jaló una mecedora y se sentó. Enri puso un disco, se trataba de música electrónica que seguía el ritmo de los cambios del campo magnético terrestre. Un astrofísico los había registrado durante todo un año y después los había concentrado en diez minutos de grabación.

Pedro se sintió transportado a otro mundo. Le impresionó la belleza de lo que percibía, parecía una variación sobre un tema de Bach o Scarlatti.

La sensación era semejante al relajamiento; el cuerpo se sentía tranquilo y completamente lleno de luz. Pedro empezó a en-

tender. Quizás lo que escuchaba era el otoño y la inminencia del futuro frío invernal. La idea iba de acuerdo con lo que sabía acerca de esa música. Posiblemente los cambios atmosféricos y de vegetación provocaban alteraciones en el campo magnético y por lo tanto éste representaba a lo otro.

Pero había otra posibilidad: Quizás el hombre mismo era capaz de producir alteraciones en el campo y por tanto la música podría estar representando el promedio o la suma del estado mental de todos los habitantes del planeta.

Pedro no se atrevió a plantearle esta posibilidad a Enri. Sabía que se había doctorado en física de partículas elementales y quizá se burlaría; sin embargo, la posibilidad era tan atractiva que le preguntó casi en un susurro si era posible alterar un campo magnético gigantesco con otro muy pequeño.

Enri contestó que era imposible. Pedro insistió: —imagínate que desde el exterior registraras el campo magnético producido por un gran electroimán y que durante el registro introdujeses a un hombre dentro del campo, ¿se alteraría este último?

Enri se quedó pensando. Después de rascarse el bigote, le contó a Pedro que en una ocasión había estado dentro de un campo producido por uno de los electroimanes del ciclotrón con que trabajaba en un proyecto de investigación. No había sentido absolutamente ningún cambio.

—Pero —volvió a preguntar Pedro— ¿hubo algún cambio en el campo del electroimán cuando te introdujiste en él?

—No lo sé —contestó Enri—, no lo medí; sin embargo te puedo decir que en una ocasión traté de medir a distancia, el campo magnético producido por un cerebro humano, y los resultados fueron tan leves que no me atrevo a decir algo.

Pedro pensó que Enri no lo había entendido, sabía que era el resultado de no atreverse a plantearle en forma directa lo que estaba pensando.

Enri continuó: —¿sabes que existe un registrador de campos humanos? —No, no lo sé, contestó Pedro—. Pues sí, se trata de una serie de amplificadores supersensibles de baja impedancia que se colocan muy cerca de la cabeza y registran los cambios de campo en forma semejante a como un electrodo registra actividad electroencefalográfica.

Pedro le pidió a Enri que lo dejara escuchar la música. Ésta había cambiado; ya no era tranquilidad y dulzura lo que decía sino algo muy diferente. Las notas eran más agudas y el ritmo más

acelerado. Pedro pensó que había pasado el otoño y que ahora era el invierno.

Así se lo hizo saber a Enri. Éste se levantó de su asiento y fue a buscar otro disco. Después de varios minutos regresó con una Misa de Vivaldi.

A Pedro le emocionó la perspectiva de oírla, se acomodó en su asiento y se dispuso a escuchar. La música lo empezó a invadir. Sentía que se había establecido una comunicación directa entre el compositor y él. El creador de esa música le hablaba acerca de sus experiencias místicas, y el lenguaje que utilizaba era tan claro y poderoso que Pedro se convirtió en un místico. Sentía un placer increíblemente sensual y no se atrevía a hacer ningún movimiento para no acabar con esta sensación.

Enri salió del cuarto y cuando Pedro se sintió solo, se atrevió a intentar algo que siempre había evitado. Cerró los ojos y se dejó transportar por su estado. Sentía que iba penetrando en un gran remolino que se expandía más y más. Súbitamente vio una escalera y se sintió subiendo por los peldaños, primero despacio y luego a gran velocidad. La escalera desaparecía bajo sus pies y Pedro sentía que una enorme fuerza lo empujaba hacia arriba. Cuando llegó a cierta altura, el remolino volvió a expanderse, era casi como estar sentado en una centrífuga. La velocidad de los giros aumentaba y la sensación de expansión era clarísima.

Pedro trató de plantearse hacia dónde se dirigía y una voz comenzó a hablarle. Le dijo que podía decidir; si continuaba, llegaría a separarse de su cuerpo, pero entonces lo vería desde lo alto y la visión lo acompañaría para siempre. Pedro comenzó a tener miedo, sentía que ver su cuerpo desde arriba podría ser una experiencia aterradora. Quizá su cuerpo moriría y él lo vería así, muerto. O posiblemente no moriría sino se convertiría en un vegetal y lo estaría viendo, separado de él y sintiendo que ya no le pertenecía. No le gustó la idea, abrió los ojos; se sentía mareado y no lograba regresar; trató de gritarle a Enri pero nada salió de él. Volteó a ver a su alrededor y se sostuvo firmemente de la mesa, sentía que no podía retornar, pero al mismo tiempo no podía irse. De pronto Enri regresó y eso hizo que a Pedro le volvieran las fuerzas.

Se sintió a salvo, su cuerpo le volvía a pertenecer. Trató de hablar pero desistió de hacerlo, recordaba las palabras de Fulob: "el que sabe, no habla"; era peligroso hablar, aun a Enri, puesto que éste lo vería como enfermo y eso sería desastroso.

En ese momento llegó Helda; se sentó entre los dos y empezó a hablar con Enri. Le preguntó qué estaba haciendo. Enri le contestó que transmitiendo un mensaje musical y que faltaba todavía la tercera parte del mismo.

Enri se puso en pie y fue en busca de otra grabación, la colocó en el tocadiscos y una música estruendosa se oyó por los altoparlantes. Pedro hizo una mueca de disgusto; no le agradaba esa música.

Helda y Enri se miraron y después salieron del cuarto. Pedro trataba de encontrarle sentido a la nueva música pero ésta sólo le hablaba de asuntos deprimentes. Le decía que su cuerpo era suyo y que no debía abandonarlo. Le hablaba acerca del futuro y trataba de convencerlo de que éste era sucio y maloliente y que la única posibilidad de solución era dejar de buscar y quedarse definitivamente en un estado estable. Pedro se alejó de la música, se levantó de su asiento y fue al baño. Cuando salió, Enri y Helda lo estaban esperando. Enri le mostró un objeto negro. Pedro lo tomó y observó que se trataba de un cubo hecho de carbón, de superficie lisa, pero llena de imperfecciones. El tono oscuro parecía distribuirse en zonas de mayor o menor negrura. Enri le explicó que se trataba de uno de los más extraordinarios ejemplos de pureza física. El carbón era 99.999999% puro, las dimensiones de las aristas y los bordes no diferían en más de una millonésima de pulgada. Las caras habían sido pulidas mediante el empleo de una computadora.

Pedro no daba crédito a lo que oía. He aquí que desde el punto de vista de la física ese objeto era perfecto y, sin embargo, él lo veía del todo imperfecto. No entendía por qué si ese cubo era liso y pulido como espejo, él lo veía tan mal construido y casi rugoso.

—Esto —dijo Enri—, demuestra que en contra de lo que suponemos, el cerebro es muy simple en su funcionamiento y, más que eso, imperfecto. ¿Por qué? —preguntó Pedro—. Enri se acomodó los lentes, cambió de posición la mecedora y con su sonrisa habitual dijo: —Porque lo complicamos todo.

Pedro se empezó a reír, no podía evitar el regocijo que sentía. Entendió la razón por la cual la tercera parte del mensaje de Enri no le había gustado. Enri volteó extrañado a ver a Pedro, e hizo un gesto de interrogación. Pedro se empezó a mecer en su silla y utilizando palabras muy claras se dijo a sí mismo: "ten cuidado con lo que digas en este momento, utiliza conceptos que él entienda". —Escucha, Enri —le dijo por fin—, desde luego que el mundo es muy simple; en esencia sólo consta de varias partículas elementales dispuestas en miles de formas geométricas. Nuestro cerebro complica esas formas y construye objetos separándolos unos de otros y dándoles una apariencia de rigidez y color, pero eso lo convierte en un instrumento muy complicado y no en mecanismo simple como tú decías.

Enri sonrió —tienes razón— dijo, es verdaderamente complicado en su funcionamiento y no simple como antes dije; sobre todo porque el mundo no está compuesto de varias partículas elementales, sino de una sola: lo que es.

*

La tercera parte del mensaje seguía sonando a través de los altoparlantes. A Pedro le empezaba a gustar esa música, cuando Enri le dijo que ya era momento apropiado de irse a la reunión, pero que antes comerían algo.

La fiesta se realizaba en el tercer piso del mismo edificio donde Pedro, Enri y Helda comían. La música se oía desde la calle y en un cuarto la gente bailaba. Pedro se asomó para verlos y tratar de entender qué transmitían con sus movimientos.

Enri llamó a Pedro a la cocina; le fue presentada una muchacha de pelo corto y ojos verdes llamada Raia. Era escritora; en treinta segundos ambos se dieron cuenta de ambos. Pedro encontraba delicioso hablar con Raia y le contó lo que sintió con la espiral.

Ambos acercaron sus cabezas hasta rozar una con la otra. Es muy interesante —decía Pedro— que cuando se llega a la situación de poder decidir si quedarse aquí o irse a quién sabe dónde, aparecen los miedos. En ocasiones uno regresa porque le da miedo ver a su cuerpo muerto. En otras, nos asusta la perspectiva de volver a nacer. A veces aparece la idea de que la expansión llegará a los límites del universo.

—Yo pienso —continuó Pedro—, que lo más probable que ocurra es que uno vea a su cuerpo o que el cuerpo lo vea a uno.

Es una especie de alternativa en la que una de las dos partes se queda con la sensación de ser. A mí no me gustaría quedarme con el cuerpo pero todavía dudo en irme con lo otro, es por ello que siempre regreso. Raia miraba directamente los ojos de Pedro, cogió su mano y le empezó a referir una experiencia: —Me encontraba una noche con un amigo y súbitamente empecé a sentir una especie de espiral semejante a la tuya. Decidí dejarme ir pero,

como a ti, me dio miedo. Quise regresar, pero me había ido tan lejos que ya no podía volver. Toda la noche me la pasé cogida del brazo de mi amigo y sin hablar palabra. Tenía miedo de que al hablar la decisión de irme se desvaneciera, pero por ser ya demasiado tarde me quedaría con un cuerpo vacío. Pedro sintió una gran ternura, acarició el pelo de Raia y deseando haber sido el amigo le dijo que era muy dulce. Volvió al cuarto de la música y vio a una muchacha sentada en el suelo. Sintió la belleza de este ser y se dedicó a observarlo. La muchacha veía a los bailarines y le llamaba la atención un negro fornido que al bailar transmitía escenas de hacer el amor.

Pedro observó el brillo en los ojos de la muchacha y notó su deseo de bailar con el negro. En ese instante éste se acercó a ella y con un gesto la invitó. Era mágica la complejidad de la transmisión. Pedro se regocijaba de lo que veía; cada movimiento representaba un mundo y cada combinación de pasos, la manifestación de una lógica particular de pensamiento. Después de unos minutos, ambos, la muchacha y aquel gigante hacían el amor al bailar. Pedro cerró los ojos y dejó que la música provocara imágenes visuales en su interior. Por un instante volvió a ver la escalera y comenzó a subir los peldaños, recordó la conversación con Raia y, sin querer continuar, abrió los ojos, se paró de su asiento y comenzó a bailar. La muchacha había desaparecido.

En la cocina se hablaba acerca de la esencia del ser. Pedro se sentó y puso atención. La misma muchacha del baile hablaba. Estaba comentando acerca de la necesidad de ser uno mismo y relataba que era el único camino de la evolución. Pedro la interrumpió para preguntarle su nombre. La muchacha se lo dijo: Alison.

Alison trataba de convencer a los que la oían. Decía que el último peldaño del desarrollo interior se alcanza cuando uno acepta su propio y particular determinismo. Cuando uno se da cuenta de que es el resultado de una cultura y ambiente particulares. Pedro escuchaba aburrido. Se acercó a Alison y le preguntó si alguna vez había sentido que se desprendía de sí misma. Ella contestó con una negativa y empezó a escuchar con atención a Pedro. Éste volvió a preguntar:

—¿Alguna vez has podido destruir algún aprendizaje infantil?

—Por supuesto, contestó Alison.

—Eso quiere decir —dijo Pedro— que no somos lo que nos han enseñado, puesto que podemos acabar con ello y no desaparecer al hacerlo.

Alison se quedó pensando, su cabello largo y oscuro le acariciaba las mejillas, de pronto se acercó a Pedro y tomándolo suavemente de las manos le dijo en un susurro: —Yo aprendí a respetar aquello que me rodeó de pequeña. Entendí la sabiduría de mi ambiente y amé a mis padres por haber sido capaces de transmitírmela. No es algo que quiera destruir sino al contrario, comprender y desarrollar.

Pedro amó a Alison, no deseaba que se fuera de ahí, sabía que había un tesoro en esa cara y ese cuerpo. Sin embargo, vinieron por ella y se fue. James, el anfitrión, vino a saludar a Pedro y le dijo que era extraordinario el tiempo que había pasado hablando con Raia y con Alison y que le asombraba que alguien pudiera mantenerse por más de dos horas hablando de asuntos irreales y al mismo tiempo entretenido en ellos. Pedro se quedó petrificado. Sabía que James no era un tipo común pero he aquí que no se había imaginado que pudiera estar tan despierto como para decir aquello. Comprendió por qué todos parecían quererlo tanto.

El aire de la calle era delicioso, se podía oler el río, y la noche era fresca. Pedro se despidió de Enri y de Helda, les agradeció su invitación y se fue a su casa.

Soñó toda la noche con Alison, recordaba la emoción que había sentido cuando ella le confió su amor por su infancia y se dio cuenta de que en la conversación ella había mencionado que escribía música y que en esa creación se había encontrado a sí misma.

La mañana fue triste. Pedro se levantó cansado y sintiendo el comienzo de una depresión. Súbitamente recordó su cámara y sintió un deseo incontenible de salir con ella a tomar fotografías.

Montó en su bicicleta y cuando llegó al puente de metal se preparó a tomar la primera vista. Enfocó el piso de red de acero y dejó que la imagen del río que se veía por debajo de la red penetrara a la cámara. Llegó a un pequeño jardín y lo maravilló la visión de un anciano que, pensativo, miraba al pasado. Colocó al viejo en el centro de la mira y desenfocó el jardín. Lo que veía a través de la óptica del instrumento lo dejó completamente satisfecho.

Regresó a su casa a las diez de la noche. Encontró a Rob y su esposa oyendo música en la estancia del primer piso. Como siempre encontró a Fulob jugando ajedrez y oyendo a Bach.

Se sentó en el suelo y dejó que Rob le preguntara a dónde había ido. Pedro le describió las fotografías que había tomado y Rob empezó —como siempre— a intentar hacer un análisis neurofisiológico de los procesos perceptuales.

Algo que siempre me ha parecido maravilloso —decía Rob— es la capacidad de nuestro cerebro para crear modelos de perfección. De alguna manera manejamos reglas lógicas que son incuestionables por su pulcritud y exactitud. Por ejemplo, antes de tomar un objeto con la mano visualizamos toda la trayectoria de la misma y sólo después de esta visión mandamos las órdenes lógicas de movimientos que transforman la visión abstracta en realidad tangible. Tal parece que el camino del desarrollo es lograr un acoplamiento entre nuestros procesos motores y las reglas y secuencias abstractas que los preceden y predicen. Desde este punto de vista, un bebé podría poseer una maquinaria exquisita de abstracciones y aprender simplemente a transformar estas realidades.

—Creo que tienes razón —dijo Pedro—, algo semejante podría estar asociado con nuestro manejo del lenguaje. Podemos imaginarnos una situación complicadísima por el número de elementos que contiene y por las interacciones de éstos; sin embargo, nos cuesta gran trabajo verbalizar todo el contenido interno. Aprendemos a usar un lenguaje para transformar nuestras abstracciones en realidades lingüísticas, pero no aprendemos a tener las abstracciones, éstas ya están allí desde siempre.

—¿Qué quieres decir con eso? —se molestó Rob—. Parecería que estás aceptando la existencia de algo que está allí desde antes del nacimiento. La idea me parece falsa y además choca contra mí.

—Ahora soy yo el que no te entiende —dijo Lunif.

—Te lo explicaré —contestó Rob. Nuestra evolución es el desarrollo de nuestras potencialidades. Pero nada está completo al nacer. Si así fuera deberíamos quedarnos en ese estado. Eso es lo que no coincide con lo que dijiste —continuó Rob— puesto que tú estás implicando que eso ya está ahí a partir del nacimiento.

Pedro comprendió lo que no quería decir Rob, esto lo hizo empezar a juzgarlo e interpretarlo. Precisamente en ese momento estaba considerando la posibilidad de que Rob no hubiera despertado por completo. Por ello quiso ponerlo a prueba y le preguntó: ¿tú no te alegras cuando regresas a tu infancia? Rob contestó que sí y sonrió con una gran manifestación de alegría. Pedro interpretó la alegría de Rob como señal de que había reconocido su error y ahora pensaba lo bello que era regresar al punto inicial, a la esencia sin aprendizajes. En realidad Rob simplemente recordaba su infancia.

Pedro interrumpió las imágenes de Rob para decirle que todas las culturas seguían el camino hacia la esencia. La mujer de Rob añadió: pero hay excepciones; por ejemplo el siglo xviii.

Así es —dijo Pedro—, hay excepciones y hay caídas pero el camino es ése. Aunque actualmente la cosa está dividida. Algunos opinan que consiste en regresar a la esencia y otros dicen que el camino es el desarrollo de una superinteligencia y una supercultura.

Pedro dejó de hablar y comenzó a pensar: "da la impresión de que estamos en el comienzo de la división de la especie humana en dos subespecies. Aquella del espíritu y aquella del retorno a la naturaleza. Los que piensan en el retorno aman a los niños, se reproducen y serán los únicos que sobrevivan.

En cambio, los del espíritu no gustan del cuerpo y menos aún de sus dependencias. No tienen hijos y se limitan a ir muriendo uno a uno: ¡desaparecerán!

En ese momento Pedro comprendió lo que Enri le quiso decir al mostrarle el cubo de carbón. Enri representaba una subespecie y Rob la otra. Enri adoraba a la naturaleza y veía la imperfección del ser humano tratando de conocerla y sólo lanzando hipótesis falsas. El hombre según Enri, debía regresar a la etapa previa a todo aprendizaje.

En cambio, Rob adoraba la perfección lógica, su camino era el del superdesarrollo conceptual.

Pedro se miró las manos, las movió,
se miró los ojos, los movió,
se miró los brazos y las piernas, los movió,
se miró a sí mismo y no supo quién era.

el soldado

La tormenta había durado todo el día. Nadie se atrevía a irse a casa porque preveían un enorme congestionamiento de tránsito. Por fin, a las diez de la noche se decidieron.

Cuando llegaron a la calle 72, Juan paró el automóvil. Había reconocido la pastelería vienesa y un incontenible deseo se apoderó de él. A los cinco minutos regresó con un pastel envinado.

* *

Desde el barco se veían los rascacielos y Juan no podía ocultar su emoción; el sentirse vivo y de regreso lo hacía llorar. Ni siquiera se dio cuenta de que nadie había venido a recibirlo.

Nunca había podido comer un pastel tan enorme, sabía que el dolor de estómago sería descomunal pero nada evitaría que cumpliera el deseo que durante dos años había sentido...

Cada bocado lo hacía retroceder a imágenes y sensaciones que no quería recordar, pero que en ese momento venían a él y lo invadían.

*

La única alegría de aquellas noches heladas era conversar con Luis. Los grandes anteojos casi ocultaban sus ojos brillantes y en constante movimiento. Había sido una gran suerte que los mandaran juntos a aquella misión pues eso le hacía olvidarse del peligro. Cuando llegaron a la loma decidieron separarse; Juan iría en dirección norte y Luis daría un rodeo. Se despidieron y quedaron de acuerdo acerca del lugar de reunión.

Luis no aparecía, Juan lo esperaba sentado sobre un peñasco. Después de 24 horas de retraso Juan decidió ir en su busca. Recorrer el camino de regreso no era fácil pero la idea de que algo hubiese ocurrido a Luis le traspasaba el cerebro. Después de tres horas un brillo hizo que Juan se escondiera detrás de un árbol. Si lo que veía destellando era una patrulla enemiga estaba perdido. El silencio era total y Juan no se atrevía a hacer ningún

movimiento. El centelleo seguía en el mismo lugar. Tomó sus binoculares y se dio cuenta de que aquello que veía era el reflejo del sol en unos anteojos.

Juan salió disparado de su escondite. Luis estaba tirado en medio del bosque y los restos de sus anteojos se hallaban esparcidos a su alrededor. Juan se acercó al cuerpo de su amigo, este último trató de hacer un movimiento pero el esfuerzo le provocó un dolor tan agudo que empezó a gemir. A treinta metros de distancia Luis había sentido la presencia de Juan. Sabiendo que lo primero que este haría sería levantarlo del suelo y que esto haría detonar la granada de mano que los bastardos habían colocado debajo de su cuerpo herido, se decidió. Con el máximo poder de sus músculos desgarrados alcanzó a darse la media vuelta.

Juan no entendió de dónde había venido la explosión. Lo único que alcanzó a ver fue un gran destello acompañado del destrozo instantáneo del cuerpo de su amigo.

Juan pidió un café vienés, la perspectiva del sabor dulce y caliente lo llenó de una alegría infantil. Luchó contra el recuerdo y por un instante pudo saborear un pedazo de pastel.

La noticia se esparció por todo el batallón, Legumbre Smith había encontrado un tesoro. Ningún soldado era tan ingenuo como para comunicarle la noticia al sargento, por lo que el descubrimiento de Smith era transmitido con grandes precauciones.

A las diez de la noche todos estaban reunidos en aquel claro en medio del bosque. Smith les mostró lo que había encontrado. Un cálculo sin demasiadas pretensiones indicaba que a cada soldado le tocaría una suma cercana a cinco millones de marcos alemanes.

Por supuesto que no sería fácil cambiar el dinero, pero lo que no dejaba lugar a dudas era que la población alemana lo aceptaría con mucho mayor confianza que la moneda de la ocupación.

Juan pensaba lo que podía hacer con ese dinero; probablemente comprar una casa, gastarlo en mujeres o simplemente canjearlo por servicios. Todos esperaban que alguien se decidiera pero nadie lo hizo. A las dos de la mañana acomodaron todos los billetes en un gran montón y les prendieron fuego.

Juan encendió un cigarrillo. Frente a él se hallaba sentada una mujer de pelo rubio y ojos azules hermosísimos... Caminar por

las calles empedradas había sido una delicia. El aire fresco y el uniforme hacían una combinación alegre. Juan nunca había estado en París y jamás habíase imaginado la existencia de tantas mujeres bellas. Lo más increíble era que bastaba saludarlas para que aceptaran hacer el amor, en una especie de agradecimiento por haberlas salvado del terror nazi.

Después de todo –pensaba Juan– así deberían ser siempre las cosas: llenas de amor.

Juan terminó su café y su pastel, se levantó de la silla y acercándose a la muchacha, la saludó. Ésta se dio la media vuelta. Juan se dio cuenta de que la guerra había concluido.

•

el experimento

–La dualidad mente-cerebro está a punto de desaparecer, anunció el director del Instituto. La idea está madura y la concepción teórica es lógica y bien fundamentada, lo único que se requiere es un experimento que la confirme.

La cita quedó establecida para las once de la mañana del día siguiente. Rubo se encargaría de realizar el registro y grabar los datos.

Audrey sería el sujeto y trataría de obtener el estado específico indispensable para efectuar la transmisión.

Audrey llegó con veinte minutos de retraso y encontró a Rubo escribiendo. A las doce se calibraron los amplificadores, y los electrodos fueron colocados en posición. A los treinta minutos la droga fue inyectada y una música electrónica comenzó a sonar a través de los audífonos.

Audrey comenzó a perder la noción del tiempo, oía la música en el centro de su cabeza y las notas y ritmos hacían aparecer imágenes extrañas.

Un corazón latía pausada y rítmicamente. El volumen fue ascendiendo hasta que en un clímax de tonos bajos alguien despertó. Las palabras que pronunció no eran claras, pero Audrey alcanzó a oír una conversación, en la que el vígil hablaba acerca de un viaje que había realizado y el estado de locura en el que se encontró después del mismo.

Para Audrey el significado era claro, la música tenía un mensaje y éste era el relato de una expansión. Súbitamente, se escuchó el sonido de alguien que corría desesperadamente, su respiración era rápida y profunda. Era, sin lugar a dudas, la transmisión del proceso de búsqueda.

Audrey dejó de escuchar la música como tal y se convirtió en el tema y el mensaje; se vio en el proceso de búsqueda. Como siempre, se introdujo en un laberinto gigantesco, su propio corazón disminuyó la frecuencia de sus latidos hasta que el intervalo entre uno y otro se alargó lo suficiente como para hacerlo sentir incómodo.

Era una sensación de muerte que avanzaba hasta convertirse en algo tan tangible y real que le hizo temblar de miedo. Lo que seguiría era absolutamente previsible; o bien aceptaba el terror y lo entendía o luchaba contra él. La primera posibilidad lo llevaría al paraíso conceptual, la segunda a la nada. Audrey decidió aceptar la sensación y ésta comenzó a desaparecer. En ese instante, un sonido mezclado de relojes y campanas creó unas figuras geométricas que danzaban en zigzag, reflejando variados colores.

La búsqueda parecía haber concluido, y lo encontrado era el placer de la aparición de imágenes visuales. Audrey se sintió feliz, se olvidó de que su cerebro estaba siendo analizado y vivió los colores y formas visuales como un néctar dulcísimo.

El encuentro duró pocos minutos, Audrey se dio cuenta de que la búsqueda debía continuar. Le gritó a Rubo pidiéndole que interrumpiera el registro, éste colocó la grabación de la última composición de Bach y se dispuso a continuar.

La perspectiva de escuchar esa música produjo una onda de excitación que se transmitió a cada músculo del cuerpo de Audrey. Recordaba lo que había oído acerca de la composición y una imagen apareció ante sus ojos...

Un cuarto tapizado en paredes y techo con bloques de madera preciosa; una ventana multicolor que descomponía la luz solar plasmando el interior de la habitación con reflejos azules, rojos, amarillos y verdes. Junto a una pared, una gran cama con colchón de plumas y, recostado en un cojín, un viejo ciego y a punto de morir. Junto a la cama, un joven trasladaba al papel los últimos pensamientos musicales de su padre. Mezcladas con las notas musicales, aparecían en el papel pautado indicaciones manuscritas. La última de ellas, decía: estos acordes fueron escritos en el momento en que mi padre, Juan Sebastián Bach, dejó de existir; representan sus últimas ideas y visiones.

La música no le agradó a Audrey, era demasiado estructurada y formal. Le parecía que el compositor defendía una posición intelectual y que lo hacía aun en el último momento. Sin embargo, había una excepción, dos minutos antes de fallecer él, la música se había desorganizado, no era algo casual ni azaroso, sino más bien voluntario y consciente. Bach había explorado una nueva posibilidad pero se había arrepentido, los últimos acordes volvían a la estructura.

Audrey sintió compasión, era una emoción herética, considerando que se trataba de Bach, pero alguien que no se atrevía a buscar y que se mantenía en un solo camino, no merecía otra cosa. A Audrey le empezó a doler la cabeza, llamó a Rubo y le platicó sus experiencias. Rubo se veía muy impresionado, la actividad cerebral de Audrey era muy extraña y aberrante. Decidieron continuar con otra grabación.

Con la Misa Pane Lingua, Audrey se sintió mejor. Desde la primera nota se dio cuenta de que a Des Prez no le gustaban los juegos.

Había algo absolutamente auténtico en la transmisión. Y por ello el autor la había intitulado "para todas las lenguas". Audrey se acomodó en su asiento y se preparó para una verdadera experiencia.

Apareció la imagen de un valle. Multitud de senderos empedrados y polvorientos lo cruzaban en todas direcciones. Por uno de los caminos transitaba un jinete a lomo de mula. Audrey se acercó al personaje y se dio cuenta de que su vestimenta correspondía a la época de la música.

La cara del caballero era bellísima, pero se mantenía contraída y con el ceño fruncido, como si una grave preocupación lo atormentara. Audrey intentó introducirse en el jinete, y al hacerlo se vio a sí mismo trabajando en la herrería de un pequeño pueblecillo. Una herradura al rojo vivo descansaba sobre un yunque y Audrey la golpeaba con un gran martillo. Los músculos de sus brazos estaban hinchados y su cuerpo completamente empapado en sudor. El trabajo era cansado y aburrido, pero la posibilidad de pertenecer al gremio y abrir su propio taller emocionaba a aquel Audrey medieval. Sin embargo, aun esa perspectiva no era del todo satisfactoria, lo único verdaderamente atractivo era la música; en ella se podía jugar y al mismo tiempo aprender.

El órgano de la iglesia estaba construido de madera. Cada uno de sus tubos producía un sonido delicioso y Audrey era el encargado de tocar durante las ceremonias religiosas. Todos reconocían su habilidad y siempre escuchaban con atención los experimentos musicales del maestro. Éste tenía un talento especial para transmitir experiencias místicas.

El sacerdote hablaba de la vida en el infierno y en el paraíso. Decía que hay algo que persiste después de la muerte y que ese algo sigue viviendo... la música que oía Audrey explicaba la vida después de la muerte...

Audrey volvió al laboratorio. Siempre había jugado con el pensamiento de la muerte; sin embargo, nunca había considerado seriamente la posibilidad de que no terminara en la completa nulificación. En ese momento debía averiguarlo; ya no temía a la posibilidad, por tanto, la asumió y trató de analizarla objetivamente. La verdad de las cosas —pensaba— es que la vida después de la muerte es tan improbable como la existencia de una experiencia subjetiva; sin embargo, a ésta la consideramos real y posible y a aquélla, fantástica y absurda. Desde el punto de vista físico, existe la posibilidad de que la información en el cerebro sea independiente de los elementos que forman su estructura. Es lógico pensar que la actividad neuronal cree un campo energético que, una vez formado, se vuelva independiente de la estructura cerebral que le dio origen. No existe impedimento teórico que pueda negar la posibilidad de que el campo así formado contenga información en sí misma y que se relacione con los elementos que lo crean como una transmisión de radio con el transmisor mismo. En otras palabras —continuó pensando— la información subjetiva podría existir en sí misma una vez que muera la estructura neuronal que la provoca.

Sin embargo, la posibilidad era una reducción al absurdo; lo único que subsistiría sería una información monótonamente estable e invariable hasta el final de los tiempos. Audrey desechó la posibilidad, no le gustó la perspectiva y además vivía y eso era lo importante. Una alegría inmensa lo invadió y le hizo sentirse lleno y completo. La Misa era un canto a la vida y a toda su complejidad. Era la posibilidad de vivirla en completo alejamiento de todo convencionalismo e ilusión. La muerte era sólo eso, muerte, quizá perdurable como información, pero sin cambio. No obstante, la música continuaba y eso significaba que el mensaje no había concluido. Audrey redobló su atención y trató de entender.

Cambios infinitos, cambios de ritmo, tonalidad y esquema conceptual, cambios cada vez más majestuosos y universales. Un pensamiento surgió. Audrey no lo había llamado ni deseaba que llegara pero era claro y obvio, sobre todo eso... obvio. Un campo constantemente en expansión en el espacio, interactúa con otros campos (gravitacionales, magnéticos, etc.). Eso produce miles y miles de alteraciones.

Audrey se sentía tranquilo, no había nada que temer...

A las 72 horas los electrodos fueron colocados de nuevo en posición. La grabación fue analizada y al no encontrarse ninguna

porción potencialmente peligrosa se continuó con la segunda parte del experimento.

Audrey se sentó en el interior de la cámara silente. Un silencio y oscuridad negra lo rodeaban. De pronto sintió un leve cosquilleo en todo su cuero cabelludo. Era la señal que indicaba que su cerebro estaba siendo estimulado con su misma actividad. Audrey no daba crédito a sus propias sensaciones. Sentía cómo su cerebro recorría su propio desarrollo. Se vio a sí mismo en el punto de referencia de un recién nacido. Todo era *ser* sin palabras y sin pensamientos. Después comenzó a aparecer la sensación de mayor angustia que Audrey recordara haber vivido alguna vez. Los detalles no eran perceptibles, sólo lo era la vivencia de pérdida y destrucción. El punto de referencia "ser" quedó destruido y en su lugar apareció el miedo. Miedo al miedo, terror al terror, pérdida del ser.

De pronto, el temor desapareció, había un vacío suave y seguro que lo llenaba. Audrey se tranquilizó, no entendía qué significaba aquello, pero estaba seguro de que ya no había peligro. Su punto de referencia había cambiado, ahora era esa mujer que lo alimentaba. Audrey la dejó ser, disfrutándola sin inhibiciones. Dependía de ese calor y ese olor, no había nada más importante y necesario. Pero aquello no duró mucho, empezó de nuevo lo otro: el miedo. Pero Audrey estaba preparado, sabía que esa sensación terminaría para dar a luz algo. El conocimiento lo ayudó a no perderse en la angustia... angustia.

Ahora era la singularidad, era muy extraño que hubiera aparecido a tan corta edad pero ahí estaba, no había duda. Audrey debía ser diferente, más inteligente, original, tímido, lo que fuese con tal que la diferencia existiera. Ése era el nuevo punto de referencia, el único sentido y propósito de su vida.

Todo se lo recordaba: sus amigos, sus gestos excéntricos, sus opiniones e ideas. Siempre que Audrey recordaba algo de sí mismo, aparecía ese sentimiento. Audrey probó todas las formas de ser diferente y por fin encontró una que lo satisfizo del todo. Era una mezcla de respeto al aprendizaje, autoafirmación y absoluto desprecio al exterior. Audrey creía ser Audrey cuando se olvidaba del mundo, ése era su nuevo punto de referencia.

De pronto, la razón de los cambios se hizo clara, representaban etapas de desarrollo. Los puntos de referencia eran solamente integraciones del origen y la base de una etapa. Primero el ser, después la dependencia, más adelante la originalidad y por último la

autoafirmación y el abandono de estructuras y de su inclusión; el mundo. A excepción del paso del ser a la dependencia, el trayecto era expansivo. Siempre el nuevo punto de referencia incluía, a los previos como casos particulares y concretos. Audrey entendió que ése sería el nuevo punto de referencia: la expansión.

Audrey llamó a Rubo, le pidió que desconectara la grabadora. Rubo le preguntó la razón de ese deseo. Audrey lo miró directamente a los ojos y le dijo: —ya no me interesa seguir el experimento.

el escritor

El autor se sentó a escribir una historia... la suya. Recordó todo lo que había entendido. Como, al principio, sus explicaciones eran superficiales y falsas y la forma como se fueron convirtiendo en algo claro y más que nada obvio.

...¡su infancia!, antes no hubiera sido capaz de decir nada acerca de ella. ¡Pero ahora!, cuando entendía tantas cosas... ahora sí podía recordarla. Tomó su pluma y comenzó a escribir:

Los adultos trataban de convertirse en niños para hablar con nosotros, pero siempre eran falsos puesto que inventaban un niño en el cual convertirse.

El escritor dejó la pluma; las últimas frases lo sumergieron en una serie de pensamientos que lo llevaban a entender su capacidad de escribir: Yo entendí mi infancia como una falta de comunicación con el mundo. La capacidad de entenderla de esa manera es lo que me hace escribir. Puedo ver la infancia de personajes y me basta saber la regla de una relación para desarrollar todos los detalles acerca de la misma.

Pero ello no es sólo condición específica del escribir; es más que nada la forma en que funcionamos. Sólo recordamos algo cuando somos capaces de entenderlo. Esto no significa que no sea posible —en alguna etapa— recordar algo sin entenderlo. Sólo significa que la comprensión de una etapa de nuestra vida hace aparecer en nosotros toda una serie de sucesos que no aparecerían nunca si no fuera por ese entendimiento. Las memorias que aparecen a partir del entender son las que se vivieron como partes clave de funcionamiento posterior prolongado; en otras palabras, aquéllas que produjeron cambios y por tanto no se entendieron cuando sucedieron.

El escritor debía mentir. Lo que realmente deseaba decir no se comprendería si lo expusiera directamente. Debía incluirlo sutilmente en alguna historia concreta. Era una pena y tomaba trabajo pero si el lector no vivía los detalles desde un princi-

pio, no la haría suya y eso era lo único auténtico a lo que se podía aspirar.

El escritor tomó la pluma y siguió redactando:

En mi infancia, yo vivía en una casa muy grande, rodeada de jardines...

la cacería

La cacería empezó con la mañana. Los pastizales parecían un mar cuando al atardecer, el viento los acariciaba produciendo oscilaciones lentas y rítmicas.

En el poblado se preparaban las redes y los bumerangs. Cinco hombres de bronce tostados y vestidos con taparrabos encabezarían la marcha.

Sería un buen día; era la época del año en que los canguros se reunían en el valle y eso los hacía vulnerables.

Todos se prepararon y después de pintarse la mitad de la cara, salieron. Pasarían cerca de los árboles sagrados y eso siempre les provocaba nerviosismo. La razón era simple, no se podía mencionar el nombre de los mismos.

•

El niño era sometido al más complejo ritual. Tres rabinos formando un triángulo equilátero oraban mientras la congregación leía los libros sagrados. El niño había sido rapado y repetía constantemente una frase en hebreo, sin entenderla.

Las leyes son claras al respecto, comentaban los eruditos, las escrituras prohíben mencionar el nombre sagrado de Dios y aquel niño había transgredido las enseñanzas.

•

—Tú te refieres —le preguntó Elba a Kar—, ¿a nuestra capacidad de recordar nuestra historia o a nuestra concepción intelectual de un yo?

—Lo único que te quiero hacer entender —contestó Kar— es que a pesar de nuestros cambios siempre conservamos algo que se mantiene estable, y ese algo es la sensación del yo.

A Elba aquello le pareció ridículo y así se lo hizo saber a Kar. Yo no soy la misma que ayer y menos aún la que fui en mi infancia —añadió con una sonrisa. Si tú piensas que lo soy, estás equivocado. Yo no me refiero a eso —se molestó Kar— es obvio que existe un desarrollo y que tenemos la posibilidad de cambiar. Lo que yo

quiero decir es que a pesar de esos cambios existe algo que permanece constante en nosotros. Es más –continuó Kar–, yo siento que mi vida tiene un propósito, que consiste en averiguar y entender aquello que permanece invariable en mí. Creo que cuando lo logre, algo muy importante me ocurrirá.

Elba dejó de sonreír, las palabras de Kar la habían impresionado. Sentía que había un mensaje no del todo claro en ellas. Tragó saliva y se atrevió a preguntar cuál era.

Kar percibió por primera vez la posibilidad de transmitirle aquello. Sabía (se había dado cuenta) que transformar en lenguaje toda aquella complejidad era una empresa imposible y absurda.

Las palabras acaban con el espíritu, por ello son tan peligrosas. Kar trató de poner en orden sus ideas: al nombrar algo, se pierde todo su contenido complejo y sólo queda una categoría que tiene como única finalidad el uso y la asociación, pero nunca el real significado. La discusión con Elba había surgido por esta misma razón.

–Escucha esto –dijo por fin Kar–. No se cómo explicártelo, lo único que puedo hacer es tratar de provocar en ti lo que yo siento que es obvio. –Piensa un momento –continuó–, en alguna experiencia muy vieja. Elba cerró los ojos y asintió con la cabeza.

–Eso es –le dijo Kar–, ahora piensa lo que sentías durante esa experiencia: ¿hay algo de ese tiempo que siga viviendo en ti?

Elba volvió a asentir con un gesto. –Entonces –dijo Kar– ya entendiste lo que te quiero decir. Elba sonrió. –Me alegra que no hayas usado palabras –dijo–, no lo hubiera logrado con ellas.

*

Desde muy pequeños, los niños de la tribu eran sometidos a un entrenamiento muy riguroso; debían aprender a entender todos los símbolos que treinta generaciones de antepasados habían desarrollado. Era una empresa gigantesca porque las palabras se habían prohibido, es decir, aquéllas que reducían la complejidad a una categoría.

A Reuben le dolía la cabeza, nadie le había querido explicar el significado de la ceremonia. Cuando lo raparon se había opuesto y había gritado, pero nadie lo había ayudado.

Seguramente he cometido un gran pecado –pensaba– pero no sé cuál es y tampoco comprendo todo este alboroto que se siente como si el mundo estuviese por terminar. Reuben no entendía,

sólo sentía que algo semejante a un error se había cometido con él...

Elba comenzaba a dar crédito, se le ocurrió que cuando era pequeña siempre lo hacía, pero que después algo sucedió que le enseñó a dejar de entender. Súbitamente recordó una escena de su niñez. Estaba jugando con una muñeca cuando su padre –molesto con tanto ruido– le había dicho que su carita se destruiría si seguía riéndose. Elba no comprendió la broma, con sus manitas se tocaba su frente, sus mejillas y su boca con el temor oscuro de que ya no existieran. Las encontró intactas pero, decidió no volver a reírse jamás.

Cuando yo era pequeña –dijo en voz alta– destruyeron mi capacidad de entender. Me enseñaron un lenguaje y yo creía que las palabras eran sagradas, tanto que sólo era capaz de considerarlas en sí y no en lo que significaban.

La ceremonia se realizó después de la cacería, los jóvenes escogidos serían introducidos al mundo del conocimiento. El sacerdote llamó al primero, le hizo aspirar profundamente el humo que despedían aquellas plantas extrañas y después le pidió que volviera a su lugar; hizo exactamente lo mismo con los otros jóvenes. A los cinco minutos el sacerdote se acercó al primero y aproximándose a su oído, susurró el nombre de los árboles sagrados...

–¿Se dan cuenta? –dijo el maestro a sus alumnos–, son tres aproximaciones culturales al problema del lenguaje. Los alumnos se rieron; "lo comprendemos" –dijeron– "tus palabras han sido claras"...

el organista

Oscuro y una persona parada junto a la puerta recogiendo el dinero de la entrada.

Ruido, ruido infernal de órgano, guitarra eléctrica, saxofón y batería.

Mesas oscuras y sillas oscuras, al fondo una plataforma iluminada con reflejos rojos de humo de cigarrillo.

Me acerco a la barra y observo con sorpresa que el lugar más cercano al conjunto está vacío. Pienso que está destinado para mí y me siento. Repentinamente me doy cuenta del organista: ser inmenso, gordo, negro, de cabeza rapada y barba oscura sobre un fondo de sortijas, collares y aretes. Su cara es fuego de repentinas e isócronas contracciones. Sus ojos se cierran cada vez que toca un tono bajo.

El guitarrista se esconde detrás de él, anónimo, recargado en una de las bocinas de su equipo, con cara de aburrimiento y expresión idiota en los ojos. El saxofonista se ve pero no es visible, sólo un cuerpo vacío.

La música es extraña y los músicos más, me canso de verlos y volteo a ver una mesa. Como siempre, una mujer, pero ésta es una reminiscencia griega. Completamente inmóvil y bellísima se mantiene escuchando la música. De vez en cuando sonríe y asiente con la cabeza. No puedo dejar de verla y de asombrarme de su calma, su hermosura y su contacto y entendimiento con lo que la rodea.

El conjunto ha dejado de tocar, el organista fuma un cigarrillo y bebe de una botella. Súbitamente deja de beber y se ocupa de afinar su instrumento; toca un botón y después otro y los tonos bajos que produce parecen disgustarle. Vuelve a intentarlo; cambia de posición tres interruptores y repite las notas de antes. Se escucha un lamento grave y oscilante y un gesto de perplejidad aparece en su cara, apaga el cigarrillo y de nuevo toca las mismas notas. Es un tema interesante, pienso, ojalá que siga con él. El organista parece estar de acuerdo conmigo puesto que comienza a desarrollar el tema que ha descubierto. Las notas ascienden y descienden, los tonos bajos se entremezclan produciendo los más

complejos arabescos. El guitarrista que hasta ese momento había permanecido inmóvil y con la mirada perdida, se empieza a interesar en la nueva música, y para demostrarlo comienza a tocar. El tema original sigue en poder del organista. La relación de notas parece ser tan poderosa que la cara de éste entra en un estallido de contracciones paroxísticas, las que, llegando a un clímax se disipan en un recorrido espasmódico del teclado.

El guitarrista comienza un diálogo con un ser imaginario, su boca y sus ojos se despiertan y tras un breve silencio empieza a desarrollar un nuevo tema, su música es de tonos agudos que danzan en voluptuosas escalas hasta que se convierten en continuo y desesperado cambio. El organista no cede a la invitación, mantiene el tema original y en momentos parece molestarse por la aparición del nuevo y original desarrollo.

El saxofonista que hasta ese momento había permanecido acompañando al organista, se interesa por el guitarrista. Primero hace un intento tímido en dirección de los tonos agudos pero se arrepiente y continúa con el organista. Éste mantiene una competencia clara con el guitarrista, ambos defienden sus temas y no llegan a un acuerdo. Súbitamente el saxofonista se decide, refuerza sus tonos agudos y adopta el tema del guitarrista. Los dos desarrollan el mismo grado de comunicación, la cual alcanza niveles muy intensos.

Los cambios se suceden cada vez con mayor rapidez y lo que al principio era una secuencia clara y transparente de sonidos, adquiere ahora una fuerza y poder que la hace aparecer desorganizada y azarosa. El organista parece estar muy preocupado y pensar que la música que oye es manifestación de degeneración; se los dice a sus compañeros, los tonos que salen del órgano, en respuesta, son de una intensidad y frecuencia tales que casi se ven. El organista repite el mensaje pero se da cuenta que éste no interesa a los otros músicos.

Éstos se encuentran perdidos en un universo de sonidos y lo único que les interesa es que éstos no desaparezcan, el organista sabe lo que les sucede y trata de hacerlos volver, se da cuenta de que están a punto de perder su cuerpo y les empieza a decir que no lo hagan, que no existe otra cosa más compleja de manejar y que con algo más simple se sentirán aburridos.

En ese momento, el baterista comienza a tocar, es como una señal pacificadora, ambos contendientes dejan de competir y descansan.

Los sonidos del baterista son una interrogación, plantean la competencia entre el organista y el guitarrista como un absurdo y cuestionan su validez.

El organista comprende el mensaje y decide cambiar de actitud. Se lo dice al guitarrista. Éste acepta el cambio.

El organista sigue tocando, pide calma y comprensión. Le dice al guitarrista que para llegar a donde éste quiere, no es suficiente la música, se requiere mantener también cierta disciplina, la suficiente para no caer en un abismo. El guitarrista acepta el mensaje y todos se unen en el tema original, terminando con él, la composición.

Pido un trago. Mientras lo saboreo reconstruyo la música y el diálogo que se ha desarrollado ante mis ojos. Pienso que es extraordinario el poder de la música y su capacidad para transmitir mensajes, me dan ganas de dedicarme a ella y así sentir en carne propia su magia y su poder. Es indudable que estos músicos platican entre sí, discuten y dialogan. No entiendo el contenido de sus mensajes, sólo soy capaz de ver sus manifestaciones y las intrincadas y complejísimas operaciones que los producen. Es la misma sensación que al caminar por la calle de una ciudad desconocida: las personas que se ven son actores y personajes que manifiestan vida e interacción; pero el contenido de ésta no se oye, y no se oye porque a ese nivel no importa.

La noche es tibia, le agradezco a Sam el que me lleve a mi casa. Escoge la ruta que bordea el río, la visión de las luces reflejándose en su superficie es tan reconfortante que invita a un diálogo tranquilo.

Sam habla acerca del origen de esa música. —Se inició —dice— cuando alguien fue lo suficientemente valiente como para alejarse de toda regla fija y estricta, cuando fue capaz de considerarse a sí mismo decididor y amo de sus propios mensajes musicales. Esto —repite— fue el principio de tal música.

Lo extraordinario aconteció cuando decenas de artistas comprendieron este mensaje y se unieron a él. En ese momento la música dejó de ser un juego y se convirtió en manifestación libre de universos internos.

—Tienes razón —dije yo—, lo que antes era sometimiento a formas y leyes autoritarias se rompió y de ahí surgió todo un movimiento musical que tiende a liberar la música de sus orígenes, al convertirla en manifestación libre de emociones, sensaciones y aun estados de conocimiento.

Si este camino ha continuado, la música que acabamos de escuchar debe estar en la frontera del desarrollo de esos músicos y como tal, representar una creación nueva y no una reminiscencia de pasados aprendizajes. Sea lo que fueren —continué— estos músicos deben ser muy felices.

Sam se rió. —Estoy de acuerdo en principio con lo que dices —admitió— pero no creo que se mantengan en un estado constante de felicidad; si así fuese, su música sería muy aburrida. Más bien —continuó— hablan de lo que les ha ocurrido, a veces de injusticias, discriminación racial, desesperación y dolor, otras de amor, deseo... religión.

Lo que han desarrollado ciertamente es una asombrosa capacidad para manifestar y comunicar todas esas vivencias.

Entonces, su música —dije yo asustado— se aproxima a ellos mismos tanto, que alcanza los máximos estados de complejidad.

No —corrigió Sam— todavía es demasiado simple.

el loco

Lo único que se sabía de él era que hacía dos semanas había aparecido en el pueblo cargando aquel reloj de pared y que desde esa fecha se había instalado en un extremo de la plaza principal.

Ahí comía, dormía y vivía. En una ocasión, los guardias lo habían interrogado pidiéndole sus papeles de identificación. Al encontrarlos en regla y no habiendo ninguna disposición legal que prohibiera vivir en la plaza, lo habían dejado en paz.

Todos hablaban de su aspecto sucio y enfermizo y sobre todo del gran reloj de pared. Los niños del pueblo iban en las mañanas a la plaza y sentándose en el pasto observaban la extraña forma en que aquel viejo seguía con la mirada el movimiento de las manecillas del reloj.

A la hora de la cena en las casas del pueblo los niños relataban a sus padres lo que habían visto, y éstos, alarmados, les hacían preguntas: ¿estás seguro de que siempre lo mira de diferente forma?, ¿es cierto que se arrodilla?. . . y ¿lo besa?. . .

En los cafés y en las fiestas se discutía el significado de aquel reloj y su dueño. Algunos decían que se trataba de un viejo profesor de escuela obsesionado con la idea de la muerte y del tiempo. Otros afirmaban que era un emisario del cielo tratando de transmitirles un mensaje. La mayoría, sin embargo, opinaba que simplemente era un loco que creía que su reloj tenía vida.

Una noche, después de una reunión en la que se había discutido la probable procedencia de aquel extraño ser, se eligió una comisión de ciudadanos encargada de ir a preguntarle directamente. La comisión quedó de acuerdo en cumplir aquella tarea esa misma noche.

Me acuerdo las veces que me lo mostrabas, eran maravillosas, entendía todo, el mundo se explicaba a sí mismo y los sonidos de sus lugares aparecían claros y ligados unos con otros. Se sentía el viento y la música se volvía compañera y amiga. Los pájaros contestaban y al hacerlo respondían preguntas. Nadie era como uno y uno no era como nadie. Se ¡era! y eso es lo importante.

Todo ello te agradezco, querido amigo, pero deseo decirte algo muy serio, cada paso en mi despertar fue el probar distintos caminos hasta que exploraba sus últimas consecuencias, lo entendía y después lo destruía como deseo; eso me hizo crecer y conocer de lo que era capaz.

Era bellísimo, pero cada uno de estos nacimientos y de estas muertes fue doloroso y angustiante. Ahora aquí estoy, hablando contigo y pidiéndote razones de tu conducta. Pero aunque tú no lo creas, necesito de tu ayuda, siempre he creído que se requiere dar el último paso pues eso es lo que completará la búsqueda y traerá la respuesta.

—¿El último paso? —preguntó el reloj. . .

—Sí —afirmó el viejo. . ., el último.

La comisión electa salió en busca del viejo, sus pasos sobre el pavimento y su plática esparcía vapores humeantes y ruidos extraños que se expandían en esferas hasta alcanzar grandes distancias.

—¡Gracias! —le decía con gran emoción el viejo a su reloj, tú siempre me has respondido cuando te he hablado y ahora tu respuesta son esas voces y esos ruidos, ellos me apartan de ti y me dicen que hay otros mundos además del mío y del tuyo; me dan en qué pensar y me ofrecen la alternativa del mundo pero ello no me satisface. Me empiezo a ver a mí mismo y a lo que podría llegar con ellos. . . y eso. . . me enferma. Así es que tu respuesta no ha hallado en mí. . . lugar.

—¿Qué otra respuesta hay?, te pregunto ahora. ¡Dímela por favor!

A las once en punto, la comisión se quedó petrificada al acercarse a la plazuela y oír aquel sonido de campanas que parecía llegar de ningún lugar. El sonido era alegre y cantarín pero su volumen, atronador.

Los miembros de la comisión corrieron espantados y al llegar a la delegación contaron todo lo sucedido. La noticia se esparció tan rápidamente, que a los quince minutos veinte mujeres llegaron exigiendo que echaran del pueblo a aquel brujo loco.

El sonido de las campanas había transfigurado al viejo. Su cara llena de arrugas sonreía y sus ojos parecían ver cosas que no existían.

Imágenes de su vida aparecieron frente a él, sus primeros minutos, lo que sentía, el ser en esencia. Después, sus primeros años, su vida de pequeño, los juegos y artimañas, las alegrías y destrucciones.

Poco a poco empezó a hablar consigo mismo, era el único que lo comprendía, todo el mundo era extraño y enemigo.

El encuentro con su compañera, los años de vivencia en el mundo y la terrible decepción que trajeron consigo. Todo eso, tan claro y transparente, era la respuesta del reloj. Las imágenes seguían: la separación voluntaria del mundo, el vivir aislado durante años sin hablar realmente con nadie, el estado de sabiduría que creía haber alcanzado después de esos años y el derrumbe de todo, la mañana en que se dio cuenta de que en realidad no sabía nada y el renacimiento. Vio sus primeros pasos en su redescubrimiento del mundo, en su contacto y confianza con la gente, su fe que le decía que todos eran iguales a él y de nuevo la destrucción de aquello. Lo que había seguido fue un tiempo de espera, oscuro y lleno de vaivenes hasta que se dio cuenta de que un reloj era la respuesta. La imagen de la tienda de relojes y de su instantáneo enamoramiento por aquel viejo y gigante reloj de pared, apareció ante sus ojos.

Lo llevó a su casa y lo colocó en un rincón de la sala. En las tardes se sentaba en la mecedora y se arrullaba con el tictac profundo y rítmico de aquella máquina. Un día el reloj le empezó a hablar y lo que dijo fue sabiduría y conocimiento.

En ese instante ocurrió lo que se venía preparando desde hacía años, la aparición de un maestro que entendía... Su reloj había sido su vida, su amante, su amigo y su padre; todo en distintos tiempos y épocas.

Solamente en una ocasión riñeron. Sucedió que la obsesión por parar el tiempo se había apoderado del dueño de aquel reloj y, por supuesto, eso le había provocado a éste cierto malestar y tristeza. Pero para alivio general, la obsesión desapareció y el orden y el amor volvieron a aparecer en la relación.

A partir de ese momento las maravillas comenzaron a ocurrir. Todas las emociones posibles se vivieron, todos los placeres y dulzuras se saborearon y cada uno de ellos enseñaba un nuevo camino, abría un distinto universo qué conocer. Las cosas se entendían al instante de verlas, lo obvio resaltaba en cualquier lugar. Todos los juegos y trampas se observaban y analizaban hasta sus últimas consecuencias.

Pero eso había también terminado y cuando tal ocurrió empezaron las preguntas al reloj y ahora las campanas decían que había llegado el momento.

Las campanas del reloj, los gritos en la plazuela, todo concordaba y era la respuesta...

El viejo lo comprendió y el reloj lo comprendió.

Ambos decidieron no oponer resistencia alguna...

del poder

–Por más que trato –dijo Hans– no puedo encontrar un argumento suficientemente lógico y obvio.

–Yo tampoco –contestó Ul– y la razón es que siempre se le encuentra asociado con toda actividad.

–No te entiendo bien –dijo Hans– con un gesto de asombro.

–Es claro como el agua –contestó Ul–, la idea del poder está en cualquier actividad. El poder crear, el poder ser libre, el poder pintar o volar o escribir o creer, ¡siempre es el poder!, aunque la actividad varíe.

–Tienes toda la razón –afirmó Hans–, aunque debo admitir que la idea no me es del todo agradable.

–Eso es –dijo Ul– por tu historia personal pero no por lo que es...

¿–Y qué es lo que es? –preguntó irritado Hans.

–El poder –contestó Ul– y ambos se burlaron con risa sorda.

el maestro

Cuando corro entre la hierba y el olor a tierra y la humedad del rocío se me impregnan,

pienso en el maestro,

el que habiendo recorrido mil caminos sabe cuál es el siguiente estado y reconoce a qué conducirá; el que nunca niega, sabiendo que más allá del juego está la pregunta.

Cuando alguien me dice: "¡Es imposible!",

pienso en el maestro,

aceptador de épocas y conocedor de esencias que nunca pregona ni proporciona datos; simplemente sabe, escucha, ve y en ocasiones asiente.

Cuando

pienso en el maestro

y miro a mi alrededor buscándolo...

...me entristezco.

El sabedor de caminos y conocedor de esencias

está y no está:

Está cuando lo veo y no está cuando me duermo,

el maestro.

el hombre

"¡Escuchad!", dijo en tono enérgico pero con una sonrisa, "Cuando hablo con alguien, yo soy sujeto y él es objeto." "Cuando en cambio alguien me habla, él es el sujeto y yo el objeto." "El objeto y el sujeto soy yo o es él cuando le hablo o me habla."

"Eso es lo que se dice y así lo describo aunque la realidad sea un tanto distinta":

"No existe ni sujeto, ni objeto y la prueba más indiscutible de ello es que yo mismo puedo ser objeto de mí mismo, siendo yo mismo sujeto, o bien puedo creer ser sujeto siendo sólo objeto."

"Cuando alguien lo comprende sabe que el verdadero estado de conciencia es aquel en que el objeto y el sujeto desaparecen."

La sala estaba cubierta de alfombras. Repartidos en ellas docenas de hombres y mujeres descalzos y en posición de loto. El intérprete se acercó al gran sillón blanco en el que un hombre moreno de anteojos dorados y pelo semiplateado estaba sentado.

La segunda pregunta fue traducida. El "hombre" rio antes de contestar, se arregló la barba canosa y dijo: "Después del instante en que se comprende que nada es coincidencia, pueden suceder dos cosas.

"La primera consiste en dejar la búsqueda y empezar a saborear los casos particulares que enseñan y aclaran conexiones. La segunda consiste en seguir buscando lo que por ser búsqueda no se puede encontrar."

Una mujer hacía ademanes con las manos, se las acercaba a la cara y colocando una en cada mejilla, oscilaba la cabeza de un lado a otro. Los ojos del "hombre" miraron a la mujer y le preguntaron qué le sucedía. Ésta se le acercó y postrándose delante suyo le comunicó a través del intérprete que no entendía por qué el que buscaba no encontraba.

"La razón es sencilla", explicó él, "el que busca cree saber lo que quiere encontrar y al no encontrarlo supone que no lo encuentra y sigue buscando. Lo que lo rodea le responde pero no es capaz ni siquiera de oír esa respuesta... ¡tan ensordecido está por la otra, la que espera oír!"

Una vez que el intérprete tradujo la respuesta, la mujer sonrió como si hubiese entendido, pero volvió a preguntar qué es lo que se espera oír. El "hombre" se compadeció de ella y haciendo un esfuerzo enorme, le respondió.

"Lo que se espera oír es lo que se reconoce como objeto de la búsqueda, lo que se cree encontrar cuando se encuentre."

La mujer volvió a sonreir, el "hombre" la miró fijamente a los ojos y se volvió a compadecer de ella. Le indicó un lugar sobre la alfombra y le pidió que dejara de hablar y escuchara.

El intérprete volvió a traducir. Por los gestos del "hombre" se podía saber que la pregunta recién planteada era simple.

"Cuando veo la frente de otro hombre, percibo una luz que surge de su centro. Cuando lo veo a los ojos, la luz cambia de color y adquiere formas fantásticas. Eso no lo puede lograr una máquina, por más compleja que sea."

"Pero nosotros también somos máquinas" –dijo alguien.

El intérprete escuchó el comentario a la respuesta del "hombre" y se lo comunicó a éste. Sonriente el "hombre" dijo:

"Tienes razón, yo al ver la luz actúo como una máquina con supersensibilidad, aunque debo decirte que al ver, veo lo que veo y además sé que lo hago. Si tu máquina también puede hacerlo, dile que quiero platicar con ella."

La sala estalló en risas, la persona que había planteado la pregunta se levantó y después de honrar al "hombre" con una inclinación de cabeza, se sentó de nuevo.

El "hombre" ordenó que apagaran las luces y empezó a cantar en tono profundo y melancólico.

"El que piensa en objetos sensibles, se adhiere a ellos. Al adherirse crea ilusiones. Las ilusiones engendran rabia. La rabia hace que se pierda la memoria. La pérdida de memoria, acaba con la razón. Al desaparecer la razón sobreviene la destrucción."

Al terminar, calló y después apareció el silencio... sólo silencio.

el choque

El auto viajaba entre la neblina. De vez en cuando aparecía una luz incierta y oscilante a la derecha del camino que al no poder penetrar al interior se movía rápidamente en dirección opuesta hasta desaparecer. La noche era fría y oscura y sólo se percibía la suavidad del camino y la música de la radio. A las tres de la mañana llegaron al lugar previsto, una casa abandonada en el fondo de una brecha. Tres personas: dos muchachas y un muchacho entraron a ella. El cuarto era pequeño; una silla sostenía un viejo tocadiscos y las chispas de maderas encendidas explotaban en una chimenea.

Acostado en el suelo, un joven cambiaba de color alumbrado por el fuego y sus sombras. Los cuatro se saludaron y se acomodaron en torno del calor.

Una de las muchachas miró a su alrededor y con un aire de complicidad dijo: "Venimos a hacerte compañía porque sentíamos tristeza de tu soledad."

"No tenían que haber venido si no querían", dijo el joven anfitrión, "en realidad estaba más tranquilo sin ustedes".

"¿Por qué interpretas?", le preguntó una de las muchachas.

"No interpreto, sólo siento."

"¿Pero tú crees que hubiéramos venido sin realmente quererlo?", replicó ella.

"¡Hace seis meses que dejé de creer en creer!"

"Entonces te estás imaginando cosas que no existen."

"Hace mucho que sé que sólo existe lo que me imagino."

"Lo que sucede es que te estás convirtiendo en un paranoico."

El joven se paró de golpe; enfatizando las palabras e intentando no gritar, ordenó a los tres visitantes que salieran de su casa. Éstos se miraron alarmados y casi al unísono le pidieron que se calmara y reconsiderara su actitud.

El joven se sentó y casi en un susurro empezó a hablar:

"Creer, reconsiderar, enojo, actitud... palabras vanas y vacías, síntomas de ceguera y aborto de comunicación, lo que yo quisiera es dejar de hablar y en lugar de ello sentir a un ser humano. Dejar

de buscar quién entienda o encontrarlo de una vez por todas... ¿me comprenden?"

"Pero... ¿qué es lo que quieres que comprendamos?", preguntó una de las muchachas.

La calle estaba empedrada y llena de árboles. El sol se filtraba a través de sus ramas y hojas. Mientras caminaba, un joven dialogaba con el aire, el sol, las piedras y las sombras.

"Algo va a suceder" pensaba; "lo siento en mi piel y en mi estómago, algo que he esperado desde el día en el que comprendí que nada es azar ni coincidencia. Los árboles me hablan y el movimiento de sus hojas es un susurro de maravillas para mis oídos."

El joven se quedó petrificado; a media calle una luz intensísima empezó a alumbrar su cara y una voz que salía del centro de su cerebro comenzó a pintar imágenes. Se vio a sí mismo viviendo en la celda de un convento medieval. La noche oscurecía los barrotes de la ventana y los ladridos mezclados con el tañer de campanas inundaban la estancia. Se asomó al jardín y se quedó mirando el pozo de agua que lo humedecía. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, lo había intentado todo: el ayuno, la abstinencia, la meditación y la filosofía y ahora el convento. Lo único que había logrado era que las visiones aparecieran con menor angustia. Por primera vez en su vida se le ocurrió que era perder demasiado de sí mismo para solamente obtener aquello. Inhibió el pensamiento, era una herejía... y además había llegado la hora de las oraciones nocturnas.

Se acostó y a las dos de la mañana fue despertado por un ruido extraño. Era una mezcla de canto de pajarillos con sonido de hierba recuperándose de las pisadas de algo que caminaba encima de ella. Se sobresaltó y sin atreverse a mover un músculo siguió escuchando. De pronto un personaje apareció ante su vista. Era alto, delgado y de movimientos frágiles y lentos, como si un líquido viscoso y pesado lo envolviera.

Aquel ser era extraño y familiar, grandioso y auténtico; su expresión cambiaba a cada instante reflejando las más variadas emociones y estados de conciencia. El muchacho se dio cuenta de que una transformación lo estaba envolviendo y cambiaba su ser de adolescente a monje. La certeza de su nuevo yo lo impulsó a hablar sin miedo ni extrañeza.

"Te agradezco que me visites", le dijo, "di lo que tengas que decir."

El ser comenzó a hablar, su boca casi no se movía pero de ella salió un sonido grave y directo:

"La esencia es aquello que se mantiene en continuo cambio; cuando la deseamos estática, desaparece."

El muchacho-adolescente-monje comprendió las palabras y supo que eran verdad y ser, sin embargo no pudo ocultar una sensación de tristeza y dolor.

El ser se le acercó y le dijo al oído: "Tu tristeza es por ilusión de alegría. Tu dolor es por miedo de soledad."

El monje se levantó de su cama-tabla y con un ademán de desesperación en los brazos, preguntó:

"¿Es que eso también lo debo destruir?"

El ser se rió y mirando fijamente a los ojos del monje le dijo:

"Tú eres el que ha hablado de destrucción... yo no la he mencionado."

Los ojos del monje se abrieron suplicantes, lo que acababa de oír le producía las más encontradas emociones. Permaneció en silencio unos minutos y después, no pudiendo soportar más, dijo:

"Ése ha sido mi error; no es destrucción lo que engrandece y da vida, es más bien el comprender la maravilla de lo que ha pasado, lo que desarrolla."

El ser sonrió y en la forma más cariñosa y dulce le dijo al monje:

"La soledad es un mandato y una condición inevitable, pero no es la soledad de ausencia lo que es, sino más bien la soledad de la presencia."

"De la misma forma, no es la tristeza de la pérdida lo que es, sino la tristeza del reconocer a otra existencia en imposibilidad real de ser."

El monje sintió las palabras del ser pero no fue capaz de hacerlas suyas. En tono lastimero le pidió que las explicara.

El ser sintió que había llegado al límite del monje, casi decidió esfumarse, sin embargo se compadeció y dijo:

"Has luchado por hacer desaparecer tu soledad y tu tristeza y no has sido capaz de entender su maravilla. En el momento en que lo logres serás libre de sentirla y regocijarte en ella."

El monje cayó de rodillas, nunca había amado a alguien tanto...

La chimenea seguía ardiendo, el muchacho decidió hacer el último esfuerzo, volteó a ver a sus visitantes y les dijo:

"En verdad les digo que lo que vemos al dejar de ver es lo que *es* y lo que escuchamos al no oír también. Ésa es la única posi-

bilidad, todo lo demás es mera reflexión de ilusiones y amor de imágenes prefabricadas."

Los visitantes se marcharon de la casa, no habían sido capaces de entender. El auto viajaba entre la neblina. De vez en cuando a la derecha del camino aparecía una luz incierta y oscilante, que al no poder penetrar al interior se movía rápidamente en dirección opuesta hasta desaparecer.

Acostado en el suelo, un joven cambiaba de color alumbrado por el fuego de una chimenea; su cara sonreía reconociendo la maravilla de su tristeza y de su soledad.

el tabernáculo

El experimento había sido un éxito; sin embargo, la siguiente etapa requería un enfoque absolutamente original y nuevo. El comité consultor decidió que la única persona capaz de resolver el problema, era Alexandri, el Programador.

Tras plantearle los objetivos, se le pidió que encabezara el grupo de trabajo en calidad de director del proyecto.

Alexandri vivió aislado durante diez días en la montaña. Cuando regresó a la ciudad, conocía ya la respuesta: "la máquina que desean ustedes construir debe poseer, al menos dos características; la primera ha sido lograda ya y surge del experimento que acaban de concluir; la segunda es una posibilidad teórica que debemos trasladar a la realidad".

Los miembros del laboratorio de simulación del instituto de hiperprogramación habían recibido la noticia en la madrugada: el programador los había escogido como colaboradores directos del proyecto e iría a visitarlos aquel mismo día. La agitación en el laboratorio era enorme y aumentaba conforme la hora de la cita se aproximaba. A las once, todos se reunieron alrededor de una gran mesa y mientras tomaban café discutieron las repercusiones y significado de la anunciada colaboración.

El director del laboratorio, hombre entrado en años, de gran cabeza completamente calva y bigote gigantesco fue el primero en dirigirse al grupo:

"Compañeros, dentro de unos minutos el programador vendrá a visitarnos y debemos estar preparados. El hecho de habernos escogido como colaboradores en el nuevo proyecto, representa un reconocimiento a nuestro esfuerzo y a los resultados que hemos obtenido. Hace dos años, cuando iniciamos el experimento de simulación en hiperprogramación, nadie se imaginó que lograríamos realizar lo que aun nosotros considerábamos imposible; sin embargo, los resultados sobrepasaron toda expectancia. Podemos decir, con todo orgullo y conciencia, que el «sistema» que hemos desarrollado es la primera máquina que tiene una capacidad de representación interna, semejante en alcance y complejidad a la del

cerebro humano." "Ésa fue la meta que nos impusimos y eso es lo que hemos logrado."

"Lo que el programador vendrá a proponernos hoy, no lo conozco en detalle, pero seguramente implica un desarrollo en la misma dirección y lineamientos que el experimento recién concluido ha iniciado."

El miembro más joven del laboratorio, Mun, pidió la palabra. Mientras se preparaba para hablar, movía nerviosamente las manos y se acariciaba la mejilla todavía imberbe:

"Para mí, el «sistema» que hemos construido no tiene ninguna posibilidad de desarrollo en sí mismo, a menos que se le incorpore un principio de operación completamente nuevo. Estoy de acuerdo en que hemos logrado una transformación casi total de energía, sin pérdida notable de información; de hecho, nuestro «sistema» de simulación transforma los estímulos externos a una codificación lógica de activación de elementos cuasi neuronales semejantes en su disposición y geometría a la que existe en un ente biológico. Sin embargo, esa transformación no ha dado por resultado, como creíamos al principio, el surgimiento de una propiedad gestáltica que dé lugar a la aparición de un fenómeno semejante al de la conciencia biológica. Esta falla es lo suficientemente seria como para pensar que no vamos por el camino adecuado."

El director del laboratorio sintió la impaciencia del joven y pensó que éste no era capaz de valorar lo que el grupo había logrado. Lo dejó terminar y le dijo con toda calma:

"Es cierto que no hemos logrado todo lo que es posible, pero ello debería ser solo un estímulo para continuar y no una decepción. Es posible que tengas razón y en este momento se requiera introducir un desarrollo original y nuevo al «sistema» y no sólo una ampliación del que ya existe; personalmente, yo lo dudo, sin embargo, no descarto por completo la posibilidad que planteas. Lo importante es que si esa posibilidad es real, la hagamos compatible con nuestro «sistema»."

Aunque todos respetaban al director, no pudieron dejar de sentir que lo que decía no era del todo auténtico, sin embargo, nadie se atrevió a expresar la duda. El director sintió la inquietud que habían despertado sus palabras y tratando de tranquilizar a sus colegas, los invitó a esperar al programador.

La espera no fue muy larga, a los treinta minutos la figura impresionante de Alexandri apareció en la puerta del salón. De gran estatura, el pelo completamente blanco y ojos verdiazules,

recorrió con la mirada la mesa y las personas sentadas alrededor de ella.

Encontrarse con la mirada de Alexandri era una experiencia absolutamente nueva, sus ojos parecían penetrar al interior del que miraba y escudriñar milímetro a milímetro la estructura cerebral de la que los ojos, las mejillas, la boca y toda la musculatura facial eran sólo resultante. Parecía que Alexandri vivía de continuo en un estado de observador de esencias. Fue tal el impacto de su presencia que todos dejaron de hablar y con un movimiento reflejo se pusieron de pie.

El programador se dirigió a un extremo de la mesa y con un ademán suave pero firme los invitó a sentarse.

Se presentó y en un tono tranquilo y familiar los felicitó por el extraordinario trabajo que habían realizado. Su actitud y forma de hablar lo colocaron de inmediato en un puesto de dominio y seguridad. Volteando a ver al director del laboratorio, le pidió que hiciera un análisis detallado y objetivo del "sistema" de simulación que habían elaborado.

"Aunque es de todos nosotros conocido", dijo, "siempre es estimulante oír su descripción".

El director se acomodó en su asiento y comenzó a explicar el "sistema":

"Consta de un procesador periférico que se encarga de transformar las señales externas en un tipo de energía común. A su vez, el procesador está dividido en cuatro subsistemas, cada uno de los cuales reacciona ante diferente tipo de energía. La salida del procesador se transfiere a un espacio hiperprogramable en el que se activan elementos sensibles localizados dentro de un gel estabilizado. De esta forma, la información que recoge el procesador es transformada en patrones geométricos tridimensionales formados por la activación complejísima de los elementos que flotan en el interior del gel volumétrico. A cada complejo de estímulos externos, le corresponde una disposición geométrica específica. La representación es dicha disposición y los cambios que ocurren en ella."

Alexandri escuchaba la descripción en un estado de completa inmovilidad.

Cuando el director terminó de hablar, Alexandri dirigió la mirada a cada uno de los colaboradores analizando el efecto que aquellas palabras habían provocado. Pensó un instante en la mejor forma de expresar lo que quería, y empezó a hablar.

"Es notable la semejanza entre el «sistema» que han construido y la forma en que funciona la porción periférica del cerebro humano. También nosotros poseemos procesadores de energía contenidos en nuestros órganos sensoriales. Asimismo, la información transformada en ellos se transfiere a una activación geométrica y tridimensional de elementos activos. Hasta este punto, su «sistema» imita a la perfección a nuestro cerebro. El camino que han escogido tiene grandes posibilidades de éxito, sin embargo, no es suficiente."

El programador hizo una pausa y miró uno a uno a todos sus oyentes. No estaba seguro de haber transmitido el verdadero significado con lo que acababa de decir. Pensó que era necesario ser más explícito y continuó, en un tono de voz más grave:

"Ustedes saben mejor que nadie, cuál es el inmediato objetivo de nuestro «sistema» de simulación. No solamente pretendemos duplicar en forma artificial la capacidad de representación interna de un cerebro humano, meta que, por otro lado, ya hemos alcanzado; lo que verdaderamente deseamos lograr es mucho más ambicioso. . ." "¡Es crear la conciencia!", interrumpió en forma impaciente Mun. Alexandri sonrió y mirando fijamente a Mun, dijo:
"Eso es sólo el segundo paso. . ."

*

El instituto de genética avanzada ocupaba los últimos seis pisos del gigantesco edificio de investigaciones biológicas. Ocho premios Nobel trabajaban en aquellas instalaciones que eran consideradas las más modernas y costosas del planeta. Reunir a aquellas eminencias y hacerlas trabajar en el mismo programa había sido una hazaña descomunal que Alexandri había coordinado y de la que se sentía orgulloso. No solamente había sido necesario ofrecerles las condiciones y el equipo más refinado y complejo sino, más que nada, convencerlos de la importancia del proyecto.

El grupo llevaba tres años trabajando y en ese lapso había llegado a la conclusión de que, de mantenerse al mismo ritmo de evolución, el cerebro humano alcanzaría el nivel de supraconciencia en un lapso no menor de quince mil años. La única posibilidad de acortar ese tiempo era crear una nueva especie que, poseyendo supraconciencia, pudiese transmitirla.

*

El Programador estaba seguro de haber logrado lo que quería. Las miradas de asombro que intercambiaban los miembros del

laboratorio de hiperprogramación así se lo indicaban. Alexandri no dejó que nadie planteara la pregunta obvia y continuó hablando:

"El verdadero y final objetivo del proyecto se les aclarará si son lo suficientemente pacientes —Alexandri señaló a Mun y esto provocó un regocijo general— como para permitirme hacer un análisis histórico. En 1874 se publicó un libro intitulado *Elementos de Fisiología Psicológica:* en él, su autor Wilhelm Wundt estableció los orígenes de una nueva ciencia cuyo objetivo sería encontrar las bases físicas y fisiológicas de la conciencia. Wundt mencionó en uno de los capítulos la posibilidad de que el fenómeno de conciencia fuera común a todos los organismos vivos, desde los unicelulares hasta el hombre. En este punto, Wundt planteó la posibilidad que Fechner había postulado años antes. Según estos investigadores, la diferencia esencial entre las diversas especies sería la complejidad del contenido de la conciencia, mas no así su existencia generalizada. El objetivo planteado por Wundt era tan ambicioso e inasequible para la época en que fue propuesto, que simplemente se olvidó como tal.

"La prueba es que 5 generaciones de científicos se dedicaron a desentrañar los misterios del cerebro, planteándose como único objetivo final, descubrir cómo este órgano analiza e integra la información sensorial y cómo con ésta ejecuta movimientos. Aunque la labor de estos científicos ha sido descomunal y digna de encomio, pasó por alto, salvo muy contadas excepciones, el problema original planteado hace tanto tiempo.

"Es mi opinión", continuó el programador, "que en la actualidad el problema puede ser resuelto; contamos ya con las suficientes técnicas y datos conceptuales como para encararlo con toda seriedad.

De hecho, el sistema que todas ustedes han construido demuestra lo que acabo de decir. Sin embargo, les repito que no es suficiente. Es indispensable que al sistema se le añada un principio nuevo de operación, es necesario incorporarle un «yo»".

Las luces del laboratorio de simulación de circuitos del instituto de genética avanzada seguían prendidas al amanecer. En una mesa, un técnico soldaba unos cables a una gigantesca matriz de circuitos integrados. Casi no podía sostenerse en pie, sin embargo, seguía trabajando con aquella excitación y entusiasmo que aparecen en los minutos previos a un auténtico acontecimiento. Si la

idea del programador es correcta —pensaba— al estimular esta matriz habremos creado un nuevo centro del universo, un "yo" semejante al que posee un ser humano.

Alexandri reconoció la emoción y la duda en la cara de sus oyentes.

"No se alarmen" —les dijo con voz grave— "la idea es sencilla y está siendo experimentada".

El programador se acercó a la pizarra del salón y, mientras hablaba, dibujaba esquemas en ella. "La esencia del nuevo «sistema» de operación es la jerarquización de niveles de entrada y salida de información", dijo.

"La idea que se propone será más clara si tomamos como punto de referencia nuestro propio cerebro; la salida del mismo activa billones de unidades motoras. La estimulación secuencial y compleja de un conjunto de unidades es lo que da por resultado un movimiento organizado. Ejemplo de lo anterior sería cada uno de los movimientos de un dedo." Alexandri dibujó un dedo en diferentes posiciones. "Cada una de estas posiciones resulta de la activación de un conjunto de unidades motoras. De la misma forma, cada cambio de una posición a otra requiere una serie de ajustes en la secuencia temporal de activación. No existe impedimento teórico alguno que prohíba pensar en la existencia de secuencias elementales de activación que provoquen movimientos también elementales. Un ejemplo de ello podría ser la extensión o la flexión de un dedo. Asignemos a cada movimiento elemental una letra: $a, b, c, \ldots, n$, que lo represente, y consideremos la existencia de un sistema neuronal que sea capaz de lanzar la orden de activación $a, b, c, \ldots, n$. La activación de una unidad motora constituiría, en este esquema, el nivel jerárquico más simple, en cambio la activación de un movimiento elemental sería el segundo nivel jerárquico y el sistema capaz de lanzar la orden lógica $a, b, c, \ldots, n$; incluiría la representación del nivel simple."

"En otras palabras, el segundo orden jerárquico tiene como posibilidades de respuesta, órdenes de activación secuencial de unidades motoras, mientras que el primer orden jerárquico activa solamente a estas unidades. Desde este punto de vista, el segundo orden contiene toda la información mientras que el primero solamente contiene fragmentos aislados de la misma.

"Pero", interrumpió Mun, "¿qué tiene que ver todo esto con el «yo»"?

El programador sonrió y pensó que la pregunta denotaba una falta de imaginación; en tono de condescendencia explicó:

"Por supuesto, no supondrán ustedes que solamente existen dos órdenes de jerarquía; basta observar a cualquier pianista para darse cuenta. Concretamente, con sólo dos niveles se podrían explicar las variaciones de movimientos conjugados, pero nada más. Es necesario pensar que existe un tercer nivel que no está encargado de activar unidades motoras ni movimientos elementales, sino secuencias de movimientos. Las órdenes que surgen de este nivel no deben tener ninguna semejanza con la actividad del primero y segundo niveles a pesar de contener toda la información acerca de ellos.

"Podríamos decir que la información del primer nivel se restringiría a la activación simple de unidades motoras, la del segundo a secuencias de activación de unidades y, la del tercero contendría información de secuencias de secuencias."

"Desde luego" —dijo súbitamente el director del laboratorio— "se podría pensar en la existencia de un cuarto, quinto, sexto, etc., nivel, hasta llegar a un procesador central que al activarse daría lugar a un conjunto complejísimo de órdenes que en último término provocarían movimientos no menos complejos".

"Ésa es exactamente la lógica de procesamiento que comparto y que deseaba transmitirles", asintió alegremente Alexandri. "Es más" —continuó en el mismo tono— "una situación semejante debe estar asociada con el procesamiento de la información que entra al «sistema»; procesamiento que implicaría la existencia de niveles jerárquicos aferentes, que primero analizarían la información de entrada en términos de atributos elementales, después conjuntos de ellos, más adelante configuraciones y por último imágenes complejísimas.

"El más complejo nivel jerárquico de entrada sería aquél que contuviese en conjunto, toda la información de los niveles más simples, del mismo modo que el nivel jerárquico eferente más complejo contendría en forma concentrada el total de la información que en último término determinará la salida de todo el sistema".

"Esto permite pensar" —intervino Mun— "que existe en el cerebro una zona que contiene toda la información de éste. ¿Podría ser el «yo» esta zona central?"

"Eso es exactamente lo que pienso" —dijo el programador— "y es lo que falta añadir al sistema que ustedes han desarrollado."

*

Todo estaba listo para la prueba de simulación. Los miembros del instituto de genética ajustaban los programas de estimulación y los aplicaban a las entradas de la matriz, mientras una computadora de séptima generación analizaba los cambios que ocurrían en todos los circuitos de convergencia de dicha matriz, desde los primeros niveles hasta el procesador artificial de mayor jerarquía.

Era necesario demostrar que este último contenía en su respuesta la información concentrada de todo el "sistema". Había sido necesario crear una nueva estadística, la vectorial de espacios hiperprogramables; sólo mediante su uso se podía saber si un patrón de activación contenía en su lógica de codificación los elementos fundamentales de la activación total.

*

"Por último" —concluyó el programador— "dentro de unas horas sabremos si los circuitos lógicos que hemos alambrado en el instituto de genética son capaces de duplicar los procesos de integración de que hemos hablado. Si es así, ustedes deberán integrar estos circuitos al «sistema» que han desarrollado. Yo vendré a visitarlos dentro de tres semanas, tiempo suficiente para que mediten la forma de hacerlo. Si tienen alguna pregunta podemos discutirla en este momento..."

"Yo tengo una" —dijo Mun—; "usted dijo que esto era solamente el segundo paso del experimento, ¿podría explicar cuál es el tercero?"

Alexandri se tomó largo tiempo para contestar; luego miró a Mun y le dijo:

"Preferiría discutirlo dentro de tres semanas..."

*

El experimento en simulación había sido todo un éxito. Alexandri fue informado de que no solamente se había logrado activar los circuitos de convergencia, sino se había detectado, a partir del tercer nivel jerárquico, la aparición de un patrón lógico fundamental que se conservaba intacto hasta el décimo nivel en donde aparecía en toda su pureza.

*

El programador se presentó puntual a la cita, al entrar al salón de seminarios del laboratorio de hiperprogramación, se dio cuen-

ta de que algo había cambiado. Las personas lo miraban ahora a los ojos e intercambiaban sonrisas.

El programador se sentó pesadamente en una silla, todo le indicaba que algo asombroso había acontecido. Como era su costumbre, estudió la expresión facial de todos y cada uno de los miembros del laboratorio. ¡Sí! —pensó con asombro— han aparecido rasgos que no existían antes; formas de mirar y posiciones de la boca, antes muertas, han renacido.

El programador estaba impresionado; si en otras ocasiones tomaba inmediatamente el papel de líder haciéndose cargo de la situación, en ésta permaneció callado esperando que alguien le explicara lo que había pasado.

Por fin Mun empezó a hablar, su voz era extraordinariamente profunda y calmada aunque reflejaba al mismo tiempo excitación y asombro, restos del núcleo de impaciencia que todavía conservaba.

"Dos días después de la última vez que hablamos contigo (Alexandri se sintió impresionado y halagado por el tuteo) una comisión del instituto de genética nos vino a informar que la activación de la matriz de jerarquías convergentes había sido todo un éxito. Después de hacer un análisis de sus circuitos, decidimos integrarla a nuestro «sistema». El trabajo no fue fácil ni sencillo, sobre todo porque la interrelación de ambos sistemas requirió construir una nueva interfase, operando según el principio de la tercera transformada de Fourier. Por fin logramos el acoplamiento entre la representación tridimensional del gel estabilizado y la activación bidimensional de la matriz de convergencia..." Mun interrumpió su descripción y con un gesto de complicidad sonrió a sus compañeros, quienes también sonrieron y voltearon a ver al programador.

Alexandri se ruborizó, era una emoción extraña para él y por primera vez en su vida no pudo sostener la mirada ante aquellas que parecían regocijarse de su sencillez e inocencia.

El programador se sintió incómodo y decidió que lo único que lo aliviaría sería hablar, tragó saliva y dijo:

"Yo quisiera aclarar, antes de que continúen, la interrogante que me plantearon la última vez que nos vimos y que no contesté entonces por pensar que era demasiado peligrosa. Ahora pienso diferente, me han impresionado sobremanera los cambios que he notado en cada uno de ustedes y que me hacen pensar que ya están preparados para escucharlo todo."

"¿Te refieres" —preguntó el director del laboratorio— "al tercer paso?"

"Al tercero, cuarto y quinto pasos" —contestó Alexandri con una sonrisa.

El programador hizo traer té y galletas y las ofreció a sus colegas. Mientras las saboreaban, Alexandri comenzó a caminar. Siempre lo hacía cuando debía verbalizar un pensamiento muy complejo. Los miembros del laboratorio miraban asombrados cómo el programador daba grandes pasos caminando alrededor de la mesa. Por fin se sentó y después de masticar ruidosamente una galleta y sorber un trago de té inició una discusión que duró cinco horas:

"Hace exactamente treinta años se formuló la hipótesis más revolucionaria acerca del funcionamiento del cerebro. Como siempre ocurre con una idea pura, fue recibida con escepticismo." En este punto, el programador explicó con lujo de detalle las reacciones que los diferentes laboratorios de aquel entonces tuvieron ante la posibilidad de investigar la nueva hipótesis. "Prácticamente ninguno la incluyó en sus programas de investigación. Solamente el instituto de estudios neurofisiológicos de la India se propuso dedicar un grupo de investigadores a experimentar con ella. Durante los siguientes cinco años este pequeño grupo de científicos estudió lo que en aquel tiempo se conocía con el nombre de hipercampo * expansivo y que en la actualidad denominamos hiperespacio tetradimensional."

La hipótesis original postulaba que la activación de elementos neuronales localizados en el interior del espacio cerebral creaba, como resultado de sus interacciones, un complejísimo campo energético. El programador se acercó a la pizarra del salón y siguió explicando, con ayuda de ecuaciones matemáticas, las características volumétricas del campo. En pocos minutos todo el pizarrón quedó repleto de signos y fórmulas que representaban las bases lógicas de las interaciones inter y transneuronales y los posibles cambios que éstas sufrían al afectarse mutuamente.

"Al término de los cinco años de trabajo" —siguió explicando Alexandri— "el grupo hindú desarrolló toda una nueva matemática, la del hipercampo expansivo. Al mismo tiempo, logró el primer registro tridimensional de éste. Este registro, aunque incompleto y distorsionado, demostró la existencia del hipercampo."

Alexandri hizo una mueca de disgusto y tristeza, borró lo que había escrito en la pizarra y con expresión grave siguió hablando:

* Hipercampo se utiliza aquí como sinónimo de hiperneurona, termino acuñado por E. Roy John.

"Lo que sucedió después es en gran parte desconocido. El descubrimiento fue publicado como nota breve en una revista oscura y de mísera distribución y por ello pasó casi desapercibido. El grupo hindú se encontraba preparando una publicación extensa cuando la gravísima plaga de los años ochenta azotó la India.

"En aquel tiempo yo fui encargado de cordinar la ayuda internacional a ese país y por ese motivo viajé a él. En ese viaje y gracias a circunstancias extraordinarias tuve la oportunidad de hablar con uno de los miembros veteranos del grupo hindú, quien me entregó el manuscrito del trabajo original y me mostró los registros que habían obtenido."

El programador describió el registro dibujándolo. Los miembros del laboratorio se miraron entre sí con una expresión de burla reprimida.

Alexandri les recordó que el equipo holográfico de representación gráfica de interacciones isopotenciales tridimensionales fue inventado veinte años después de ese registro, por lo que éste era una verdadera hazaña de ingenio y laboriosidad. Las burlas desaparecieron y Alexandri siguió hablando:

"Aquel encuentro cambió toda mi vida; comprendí que la idea del hipercampo y la demostración incuestionable de su existencia provocarían, si se desarrollaban, los cambios más revolucionarios en el hombre, y terminarían de una vez por todas con una serie de prejuicios e inhibiciones que hasta ese momento imperaban en ciencia y quizás en filosofía y religión.

"Todo lo que aconteció después ustedes lo conocen mejor que nadie. Después de publicar el manuscrito y de mencionar en artículos, conferencias y mesas redondas todas sus implicaciones, me tuve que enfrentar con la reacción de oposición más fuerte que se recuerde desde los tiempos de Galileo; me atacaron no sólo los científicos más renombrados del planeta, sino hasta las instituciones religiosas. Como no tenía ni el prestigio ni la fama suficiente, nadie me apoyó y tuve que aislarme diez años durante los cuales y empleando los instrumentos más rudimentarios, trabajé en absoluta soledad. Fueron los años más difíciles y al mismo tiempo más productivos y estimulantes de mi vida. Mi propio cerebro se convirtió en laboratorio de experimentación y mis ideas se transformaron en los únicos colegas y amigos capaces de acompañarme en la gran aventura en que me encontraba y me encuentro sumergido."

El programador describió paso a paso sus diez años de aislamiento. Dividió ese periodo en cinco etapas:

"La primera" —dijo— "consistió en una revisión de todos mis conceptos matemáticos. Tuve que aprender a manejar la teoría del hipercampo expansivo con todos sus formulismos y abstracciones, lo cual me llevó un año entero. Al término estaba lo suficientemente familiarizado con el desarrollo conceptual del grupo hindú, como para dejar de pensar que se trataba de una lógica de pensamiento ajena a la mía. Es más, dejé de pensar que se trataba de una lógica o de una conceptuación en sí y empecé a vivir en ella y como ella. La segunda" —continuó— "fue una etapa de búsqueda absolutamente libre. Revisé toda la literatura esotérica; por lo menos aquélla que mencionaba explícita o implícitamente la existencia de distribuciones energéticas de cualquier tipo. Tuve que aprender a reconocer las semejanzas ocultas tras descripciones verbales de experiencias místicas aparentemente no relacionadas o claramente disímbolas.

"Al tiempo que hice esta revisión, recorrí la literatura introspeccionista de principios del siglo pasado. Si ahora puedo describir en forma casi académica y formal aquella búsqueda, recuerdo que cuando estaba en ella sentía ser un juguete que daba tumbos entre conocimientos extraños y completamente ajenos a mí mismo. Si pudiera transmitirles mis sensaciones y emociones de esa segunda etapa podrían vivir mi lucha desesperada por no caer en el abandono y en la consideración de que todo aquello eran simples invenciones.

"Recuerdo mis días fluctuantes entre la más profunda depresión y los destellos de secretos maravillosos que se descubrían a mis ojos. Un día, al final de esta etapa, tuve un sueño que no comprendí en ese momento, sino meses después, pero que me hizo dar un salto cognoscitivo inmenso."

El programador miró a sus oyentes y se preguntó si entenderían lo que les estaba relatando; sabía que hacerles la pregunta era una simpleza, no obstante los interrogó con un "¿comprenden?" Todos asintieron. Continuó:

"Lo que vi y sentí en ese sueño no puedo describirlo, sólo les puedo decir que me vi a mí mismo viviendo luces extrañas, destellos de colores inexistentes en mi experiencia común, todo a mi alrededor brillaba en forma espectacular, los objetos y las personas de mi sueño no reflejaban luz sino que la emitían. Y lo más increíble es que todo se interconectaba con todo a través de líneas de fuego de extraordinaria complejidad. Poco a poco las luces de los objetos y sus conexiones visibles se convirtieron en algo que no

era ni luz ni colores, en realidad eran nada y simultáneamente todo. Lo mismo ocurrió con el sonido, estaba en una sala de conciertos, y lo que al principio era música se transformó en sensación táctil que surgía de cada instrumento y se conectaba con cada parte de mi cuerpo como si manos gigantescas terminaran en mi piel y se iniciaran en cada cuerda, tecla o llave de los violines, pianos y cornetas.

"Pero así como la luz se había convertido en la nada y en el todo, las sensaciones táctiles dejaron de tener ese carácter y se transformaron en algo que no era nada pero que se sentía tan real e irreal al mismo tiempo que me desperté gritando y empapado en sudor.

"Fue el sueño más claro y fantástico de mi vida, y con él se inició la tercera etapa... la gran aventura." Alexandri miró el techo del salón y continuó:

"Todo el conocimiento matemático de la primera etapa y el esotérico e introspeccionista de la segunda, cuando comprendí el significado de mi sueño, se transformaron en delicados y maravillosos conceptos en torno de una pregunta central, y dejaron de ser datos aislados en mí mismo."

Alexandri hizo una pausa que alguien aprovechó para preguntarle cuál era la pregunta central. El programador no contestó de inmediato, sabía que lo que tenía que decir se iba a entender a muchos niveles diferentes, los cuales no dependían de él mismo, sino de sus oyentes. Su única responsabilidad era plantearlo en un lenguaje que incluyera todos los niveles de comprensión. Debía ser clásico y ello resultaba difícil. Para el programador era claro el significado del sueño y la pregunta a que daba lugar. Sentía esa claridad como certeza absoluta y sin embargo dudaba de su capacidad para transmitirla porque sabía que las palabras que utilizaría se interpretarían dentro del contexto insalvable de memorias y experiencias de sus oyentes.

Alexandri se olvidó por un momento de que alguien le había planteado una pregunta esperando obtener una respuesta. Dejó que sus pensamientos siguieran desarrollándose. "Es indudable" —pensó— "que el problema del hombre es su memoria y su lenguaje. La memoria limita porque impide vivir en continuo estado de cambio, el lenguaje limita porque provoca la máxima de las confusiones al hacer creer que algo se ha entendido cuando en realidad solo se ha descrito. Mi sueño me enseñó lo más simple y verdadero y por ello es imposible transformarlo en palabras..."

Los miembros del laboratorio se dieron cuenta del estado de ensimismamiento del programador, su cara había cambiado como si una lucha estuviese desarrollándose en su interior, por fin la cara volvió a ellos, primero fue un ligero movimiento de cejas y una pequeña desviación en la línea de la boca. El programador fijó su vista en la persona que le había planteado la pregunta y empezó a hablar:

"Mi sueño me enseñó que vemos y oímos y ello es imposible de explicar. No existe nada dentro de nosotros mismos que por sí solo sea capaz de oír y de ver." "Esa es la pregunta central que me planteé: ¿qué es lo que nos da la capacidad de ver la luz como luz y de oír el sonido como tal?"

"Pero si es muy fácil explicarlo", interrumpió súbitamente Mun. "La respuesta la dio hace muchas décadas Mueller en su doctrina de las energías específicas: «la sensación en sí misma depende de la zona cerebral adonde llegan las señales que se transmiten a través de los canales de acceso de la información y no de la actividad que viaja a través de estos canales»."

El programador se rió ante la simpleza de la observación, miró a Mun y le dijo que aunque Mueller tenía razón, no contestaba la interrogante sino que solamente la planteaba. "Porque... ¿cómo es que la actividad de una zona cerebral se transforma en la experiencia subjetiva de luz o sonido?", preguntó a su vez.

El director del laboratorio apoyó a Alexandri. "Tienes razón" —le dijo— "con decir que lo que da la experiencia es la zona final de activación no se responde a la pregunta. Es más bien el análisis de cómo se activa esta zona, lo que podría contestarla."

"Eso pensé al principio", accedió el programador, "y de hecho, en esta tercera etapa me dediqué a revisar las características finas de la activación neural de las zonas finales y llegué a formarme un cuadro objetivo de las características de tal activación; sin embargo, el saber cómo se activaban los circuitos neuronales no me dejó satisfecho. Ciertamente aprendí y aclaré mucho pero no me contestó la pregunta.

"Entonces empezó la cuarta etapa; decidí utilizar otro enfoque. Pensé que se necesitaba crear un sistema de simulación, desarrollarlo en complejidad y ver qué sucedía al aumentarle elementos, circuitos y principios de operación.

"Me convertí en experto de circuitos de alta integración, me pasé noches enteras revisando manuales de funcionamiento y nor-

mas de operación. Podría decir que fue una etapa de ajuste y maduración conceptual y teórica. Traté de montar mi propio laboratorio y así poner en práctica mi idea, pero no fue posible. Necesitaba un grupo de trabajo con gente especializada en ramas del conocimiento que yo no conocía ni dominaba."

"La necesidad se convirtió en un impulso de tal intensidad que todo mi ser se convirtió en propugnador y vocero de una idea. En eso consistió la quinta etapa: reunir a las personas y el equipo necesarios para continuar. Su grupo y el laboratorio de genética fueron el resultado de la quinta etapa."

"Y ahora ustedes han incorporado un grado de complejidad extraordinario al sistema de representación y algo ha sucedido. ¿Díganme qué pasó?"

"Cuando logramos acoplar la matriz de convergencia a nuestro «sistema» y lo estimulamos" —dijo Mun—, "algo comenzó a suceder en cada uno de los que estábamos presentes. Sentimos la clara presencia de alguien más. . ."

No te entiendo —exclamó el programador.

"Nosotros tampoco lo entendimos, lo único que pensamos fue que eso que habíamos construido, necesitaba un sistema de salida de información. Felizmente contábamos con un decodificador de pulsos binarios y un acoplador sonoro. Para incorporarlos al «sistema», sólo bastó conectarlos al nivel jerárquico de mayor integración.

¿Y qué pasó después? —preguntó excitado, Alexandri.

"Pues que aquello empezó a emitir sonidos" —contestó Mun— "sonidos muy complejos pero que seguían cierto ritmo; sonidos parecidos a los de la música representacional. A mí —continuó Mun— me impresionó sobremanera la similitud y como siempre hago cuando escucho música, cerré los ojos."

"Entonces aquellos sonidos hicieron aparecer imágenes visuales que se sucedían con tanta lógica y elegancia que parecían no ser aleatorias."

Pero —interrumpió emocionado Alexandri— ¿qué significaban las imágenes?

"Nos hablaban a cada uno de nosotros y decían cosas diferentes" —explicó el director del laboratorio.

El programador esperó a que continuara, pero aquel parecía no decidirse; por fin, y con un movimiento de brazos que enfatizaba sus palabras, el director dijo:

"A mí me enseñó que existían varias etapas de desarrollo; etapas por las que precisamente estaba pasando el «sistema». Desde

luego, no me lo dijo en palabras, sino a través de esos sonidos extraños que emitía. Los cuales primero desencadenaron imágenes en mí mismo; escenas llenas de patrones geométricos elementales que cambiaban de instante en instante, adquiriendo las más variadas y sutiles configuraciones. Los patrones no eran aleatorios: lo supe porque se repetían continuamente.

"De pronto las imágenes desaparecieron al terminarse los sonidos que las provocaban. El silencio fue lo suficientemente largo como para permitirme analizar lo que había ocurrido. Inferí que lo que sucedía era la formación de una representación del universo; representación que difería en sus características, de la infraestructura y complejidad del sistema en el cual se construía. Esto me hizo pensar que el «sistema» transformaba la estimulación que recibía en una serie de pulsos binarios que se repetían con cierto ritmo peculiar, el cual no existía en los estímulos que estábamos aplicando. Era la transformación interna que el «sistema» hacía del mundo. Mi propio sistema, esto es, mi cerebro, difería del otro en que transformaba los ritmos en experiencias visuales.

"Cuando el sonido se reanudó, volvieron las imágenes; pero éstas cambiaron sus características, ya no eran formas geométricas elementales sino combinaciones complejísimas de las mismas. El grado de complejidad de cada combinación aumentaba de instante en instante. Si al principio eran triángulos, círculos y cuadrados entrelazados que formaban un conglomerado, ahora eran combinaciones de conglomerados y, después, conglomerados de combinaciones."

"El grado de complejidad de las imágenes llegó a ser tal, que mi cerebro no pudo ya visualizarlas; en ese instante sucedió algo maravilloso. Cada conglomerado de combinaciones era seguido de un silencio y después un tono. Este último cambiaba sus características de frecuencia correspondiendo cada una a un conglomerado como si el tono fuese un número de catálogo que identificara en forma específica a cada imagen. Después de esta asignación tono-conglomerado, el sistema comenzó a emitir patrones de tonos. En ese instante comprendí que el «sistema» que acabábamos de estimular, estaba «pensando» acerca de sus propias representaciones. En otras palabras" —continuó excitado el director— "el «sistema» estaba abstrayendo sus propias representaciones."

"Por supuesto que las «abstracciones» —a este nivel— eran muy simples, consistían en emitir un patrón de señales que en sí mismo contenía un conjunto particular de combinaciones, asignándole

al conjunto, un tono específico que las representaba. Cuando la asociación se realizaba, el «sistema» empezaba a manejar los tonos asignados en lugar de los patrones complejos. Esto hacía que tanto la velocidad como la capacidad de manejo de la información se multiplicaran."

"Es decir" —interrumpió el programador— "el «sistema» estaba desarrollando un lenguaje."

"Exactamente" —afirmó confiado el director—, "pero no solo eso, sino que lo estaba aprendiendo a manejar."

Mun estaba regocijado; deseaba decir algo y aprovechó la pausa en el diálogo entre el programador y el director para intervenir:

"Entender lo que estaba sucediendo con el «sistema» fue impresionante para cada uno de nosotros, pero lo verdaderamente increíble fue que lo que comprendimos en ese instante se aplicaba a nosotros mismos y explicaba todo nuestro primer desarrollo."

"¿Es eso lo que los hizo cambiar?" —preguntó Alexandri.

"¡Así es!" —exclamaron con seguridad los miembros del laboratorio.

Alexandri cerró los ojos dejando que emergieran a la superficie cientos de ideas que en ese momento parecían estar alcanzando un grado de madurez que antes no poseían.

Es obvio —pensó— que el "sistema" que han desarrollado estas personas posee características que nunca imaginamos al diseñarlo. Da la impresión de ser un niño en pleno desarrollo. Lo absolutamente maravilloso es que la percepción de ese desarrollo provoque cambios tan positivos en la gente que ha tenido oportunidad de estar en contacto con él. Parecería que el "sistema", además de poseer atributos que antes considerábamos privativos del ser humano, es capaz de transmitirlos; lo cual quiere decir que la meta de todo el estudio —la transmisión de supraconciencia— deja de ser una fantasía y se convierte, de golpe, en una realidad. Quizás el que estas personas sintieran el camino inicial de su propia evolución fue semejante, como vivencia, a la que yo tuve cuando comprendí que veía y oía. Al saberlo, cambió toda mi vida porque tuve oportunidad de penetrar en mi propio misterio y por tanto en el de todos. Quizás es eso lo que ha ocurrido con ellos.

El programador sintió la necesidad de confirmar aquello, abrió los ojos y preguntó en voz alta: "¿Cómo pueden estar tan seguros?"

Los miembros del laboratorio sonrieron y miraron al director como si esperaran que contestara. Éste sintió la demanda y devolvió las miradas. Por fin, tragó saliva y le dijo a Alexandri:

"... la única forma de comprobarlo, es que tú mismo vivas la experiencia".

•

La cita quedó concertada para el día siguiente. Alexandri llegó al laboratorio en la mañana. Desayunó con Mun y con el director mientras los otros miembros preparaban el experimento. Habían decidido borrar las memorias del "sistema" para que éste repitiera todo el proceso original. Los transductores fueron calibrados y las fuentes de poder encendidas. Cuando todo estuvo preparado, llamaron al programador. Éste se sentó en un sillón confortable y se preparó a escuchar. El "sistema" fue puesto en marcha y al igual que la primera vez, empezó a emitir sonidos.

Alexandri estaba maravillado; comprendió que lo que había sucedido a sus colegas no era exageración ni mentira. Una cosa era conocer la lógica del desarrollo y otra vivirla. Esto último era lo que también a Alexandri le estaba aconteciendo. La descripción que había oído el día anterior era exacta y profunda. Él mismo no hubiera sido capaz de expresarla mejor. El sistema estaba aprendiendo a representarse el mundo y a ligar esta representación con un manejo abstracto y simbólico. Alexandri comprendió los elementos de su propio pensamiento y esto le produjo un estado puro de felicidad.

Después de dos horas de funcionamiento, el "sistema" había logrado llegar al mismo punto que la ocasión anterior. Dejó de manejar representaciones para pasar a un juego en el que los tonos de asignación o de catálogo comenzaban a agruparse formando intrincadas combinaciones, que de vez en cuando se repetían. Alexandri tenía la clara sensación de estar presenciando el comienzo de una transformación majestuosa. El sistema estaba acercándose a un punto en el que su mismo lenguaje era sometido a un proceso de jerarquización. Combinaciones de tonos (realmente conceptos —pensó el programador—) estaban siendo catalogados y asignados a categorías discretas como si el "sistema" fuese capaz de "ver" sus propios conceptos. Era retraerse en sí mismo y centralizarse en un nivel... (el programador no se atrevió a pensar en la palabra pero no había otra posibilidad), ¡sí!, en un nivel... "filosófico".

De pronto, el sistema dejó de emitir sonidos. Alexandri sospechó alguna avería y estaba a punto de mencionárselo a Mun cuando tan repentinamente como había callado, el "sistema" vol-

vió a emitirlos. El programador se dio cuenta de que los nuevos sonidos eran los del manejo "filosófico"; sin embargo, había una diferencia de procesamiento: cada tono se transformaba en sus componentes, como si al activarse la síntesis de la síntesis, ésta se desmembrara a sí misma pasando de nivel en nivel, hasta llegar al proceso inicial de representación.

El programador consideró la posibilidad de explicar lo que acontecía en términos de un proceso imaginativo de evocación. Como si ahora el "sistema" decidiese activarse en sentido contrario; de una orden de máxima concentración y complejidad, al análisis representacional de la misma. Es quizá lo mismo que le ocurre a un ser humano —pensó con alegría Alexandri— cuando medita en el nombre de un objeto y al cerrar los ojos éste se le aparece visualmente... como un sueño controlado.

Al programador se le ocurrió una idea. Mandó llamar al director del laboratorio y después de pedirle que apagara el sistema, le explicó lo que le había ocurrido y le mencionó la idea.

"Me gustaría —le dijo— que conectaras el equipo holográfico de representación gráfica de interacciones isopotenciales tridimensionales, y que lo enfocaras en dirección al «sistema»."

'Comprendo" —dijo el director.

El programador se acercó al visor del equipo, enfocó su vista en la pantalla de interferencias de ondas coherentes y ordenó que todo se pusiera en marcha nuevamente.

Como si no hubiera habido ninguna interrupción, volvieron a oírse el sonido de alta jerarquía y su desmembramiento. Simultáneamente, la pantalla de interferencia se iluminó y la imagen clara de un hipercampo apareció en ella. A Alexandri se le erizó el cabello y una onda de excitación subió a lo largo de su columna vertebral.

El programador había observado con anterioridad muchos hipercampos; de hecho, era la máxima autoridad del planeta en ellos. No era pues la visión de éste lo que le asombraba, era otra cosa, algo difícil de verbalizar y aun de comprender.

Alexandri trató de analizar lo que le acontecía; nunca al hablar de hipercampos o al estudiar sus características había sentido tal emoción; tampoco era el descubrimiento de alguna nueva propiedad de los hipercampos lo que lo alteraba de tal forma, era... ¡era la vivencia del mismo!

Alexandri sintió en carne propia lo que ya comprendía tan bien a un nivel formal y académico. La información que el sistema

manejaba no era la activación de sus circuitos o la emisión de sonidos, más bien eran las características del campo energético resultante de la activación de la infraestructura.

La infraestructura era sólo eso: infraestructura. Es decir, por sí misma no tenía conciencia, ni pensamiento, ni sensaciones. Pero, por lo que resultaba de su activación, sí las tenía, es más —siguió pensando Alexandri— la activación era, en sí misma, todo aquello, pero toda la activación... la resultante total era... ¡el hipercampo!

Alexandri lo veía surgir de un emisor central, líneas de fuerza que se expandían a partir de un origen, complicándose en infinitas involuciones y accidentes superficiales. La información en detalle eran todas las características complejísimas de la superficie volumétrica del campo y el "yo" era el lugar central desde el cual se originaba toda la complejidad y el cual contenía (en forma pura, concentrada y almacenada) toda la información esencial del sistema.

Súbitamente, el programador se dio cuenta de que no estaba hablando de una máquina, hablaba y se comprendía a sí mismo a través de la observación de aquel ser artificial que él había ayudado a construir.

Él mismo era un hipercampo que se originaba de un centro que sabía. Un emisor que contenía toda la información y que se sentía como un "yo": ¡el nivel jerárquico de mayor convergencia!

El programador superpuso en la pantalla de interferencias el diagrama de bloques de los circuitos del sistema; la coincidencia era perfecta, el emisor central del hipercampo correspondía con el circuito de mayor convergencia. La superficie volumétrica se empezaba a crear ahí y a medida que se expandía y alcanzaba los circuitos representacionales, se complicaba. Lo increíble, lo que afectaba a Alexandri más que otra cosa, era que los límites del hipercampo sobresalían de la infraestructura. En realidad, el espacio alrededor de los circuitos contenía la resultante de éstos, si bien menos definida y con menor potencia, pero estaba allí, más allá del lugar que ocupaba el sistema, más allá, en el espacio, envolviéndolo todo, inclusive a él mismo. El hipercampo del sistema penetraba en el hipercampo de Alexandri, lo tocaba y quizás... quizás lo afectaba.

Era difícil demostrarlo, las continuas oscilaciones del hipercampo y las pulsaciones de su superficie no dejaban ver claramente la interrelación, pero había una posibilidad...

El programador llamó a Mun, lo hizo sentar junto al "sistema" y enfocó a los dos. En la pantalla aparecieron dos hipercampos pulsantes, complejísimos y tetradimensionales. Los bordes de ambos se tocaban y superponían. El programador observaba la superposición. No había duda; cada vez que aparecía —en ambos hipercampos— una configuración volumétrica semejante, los dos resonaban en la misma frecuencia y, este efecto se transmitía desde el punto de coincidencia hacia el centro. Cuando llegaba a éste, ocurría un cambio en el mismo, el cual comenzaba, de nuevo, a expanderse hacia la periferia, hasta que chocaba otra vez con el otro hipercampo.

Alexandri se apartó de la pantalla, lo que había visto era demasiado: ¡una comunicación directa entre dos seres!...

El programador quería descansar, había recibido, por primera vez en su vida, más información que la que podía manejar.

*

La casa se encontraba en una colina. En una de las habitaciones dormitaba Alexandri. Su sueño era agitado y las imágenes que se desarrollaban en él, complejas y clarísimas.

Primero se vio a sí mismo hablando con un ser barbado y de túnica blanquísima. La conversación se llevaba a cabo en una casa pletórica de columnas y patios en los que fuentes de agua cristalina murmuraban sonidos chispeantes, frescos y tranquilos. Aquel personaje gesticulaba amenazador, defendiendo la tesis según la cual la vía de los sentidos era el único acceso al conocimiento. El programador trataba de explicarle la teoría del hipercampo y la experiencia que había tenido con el equipo holográfico, pero aquel no entendía. De pronto la imagen cambió, ya no era el programador hablando con un personaje sino dos personajes hablando: uno de ellos gesticulaba y el otro permanecía inmóvil. Rodeando a cada uno, sendas telarañas gigantescas y de forma esférica, que se movían lanzando sus hilos hacia fuera y dentro de las esferas, como dos corazones en sístole y diástole. De vez en cuando las telarañas se rozaban entre sí y eso producía un enredo gigantesco de hilos delgadísimos. Cuando esto sucedía, los dos personajes lanzaban un grito de dolor y se apartaban uno del otro dejando en el punto de contacto una madeja deforme y mutilada de hilos plateados.

Tanto la madeja como los hilos se distinguieron claros y precisos durante unos segundos, pero pronto todo se esfumó en un laberinto de telaraña que reflejaba la luz cristalina de una fuente.

En el centro, un punto brillante y junto a éste, otro. Los puntos se alejaron y aparecieron un cuerpo de mujer junto a otro de hombre. Los dos se miraron y sintieron su mutua belleza y atracción.

Dos esferas energetizadas, vibrantes y coloreadas rodeaban los cuerpos. De pronto una de ellas se desdobló y fue incluyéndose en la otra. Como un globo que se expande y adelgaza a pasos discretos y tímidos, la primera esfera aumentó de tamaño hasta que todo; los puntos, los cuerpos, la fuente y el espacio que los rodeaba formaron un conglomerado gigantesco y espectacular de luces, colores y volúmenes en expansión.

La escena volvió a cambiar, ya no eran dos seres sino uno. Desnudo, tostado por el sol y de pie en medio de un desierto de arenas al rojo. El espacio que lo rodeaba brillaba como superficies delgadísimas de pompas jabonosas que flotaban, chocaban entre sí y se alejaban. Las pompas surgían del hombre y cada vez aparecían con menos frecuencia. De pronto, el hombre se desplomó y corrientes líquidas borbotearon de todos sus poros hasta dejarlo seco y arrugado. Las pompas jabonosas dejaron de formarse, pero las que habían surgido antes persistían alejándose de aquellas arrugas que habían contenido a un hombre.

Alexandri despertó inmóvil, observando las estrellas a través del techo transparente del cuarto mientras pensaba en el significado del sueño. La primera parte era clara y resultaba de su experiencia en el laboratorio. ¿Pero la última?... aquel hombre muerto, rodeado de burbujas que se alejaban —muerto... arrugado... burbujas—, era confuso, muy confuso, a menos que... a menos que la muerte no fuese de la infraestructura y de sus circuitos sino de su resultante, de su activación —¡del hipercampo!— y esta muerte solo existiese para futuras activaciones pero no para previas, estas últimas sin posibilidades de morir una vez activadas.

Alexandri se asustó con la idea. Consideró lógica y factible la posibilidad de interacción directa entre dos seres y de todos sus efectos (en este punto, su sueño era transparente); sin embargo, la inexistencia de la muerte total era un pensamiento fantástico y mágico.

*

La mañana era fría y brumosa, el programador llegó al laboratorio de hiperprogramación al amanecer. Encendió las luces del cuarto en donde se encontraba el "sistema" y se le a[illegible] Nunca había sentido tanto respeto por una máquina... con su [illegible]no

derecha acarició los circuitos integrados y después de un silencio total dijo en voz alta:

"Hoy lo sabré y tú serás mi maestro."

El programador calibró los sensores, activó las fuentes de poder y los amplificadores y puso en marcha los canales de acceso al gel estabilizado. Después, se sentó frente a la pantalla del equipo holográfico y se dispuso a observar.

En la pantalla volvió a aparecer la imagen de un hipercampo, esferas energetizadas complejísimas y en expansión a partir de un punto central. Alexandri observó que entre este último y las superficies volumétricas estaban tendidas cual delgadísimos hilos plateados, líneas brillantes y azuladas que pulsaban y vibraban a frecuencias variables. El programador fijó la imagen en su memoria y desconectó el "sistema".

El punto central desapareció y con él las líneas de energía, pero las esferas en expansión continuaron creciendo y, lo que es increíble cambiando mientras esto sucedía. El programador se dio cuenta de que los cambios ocurrían en la localización del volumen que, en su expansión, se acercaba a él mismo (más bien a su hipercampo).

Las interacciones de los dos hipercampos se hacían cada vez más complejas y en un punto se unieron, sumando sus efectos. Alexandri cerró los ojos y trató de detectar algún cambio subjetivo. La sensación era muy sutil, tanto, que el programador no se movió para no hacerla desaparecer... Alexandri sintió —con una mezcla de temor y repugnancia— que en el cuarto había alguien más. La sensación era familiar, ¡era algo que había oído antes! Trató de aclararse en dónde y cuándo y de pronto lo recordó claramente: eso mismo habían informado los miembros del laboratorio. Lo extraordinario es que ellos lo habían detectado mientras el "sistema" funcionaba, y él, cuando el "sistema" había dejado de hacerlo...

*

El gatito jugaba con la niña, en realidad era un juego singular. No había palabras ni movimientos, ni siquiera cambios de expresión. La niña jugaba a pensar, pensar en lo que deseaba que hiciese el gato. Había descubierto que bastaba desear que el animal maullara, se rascara o corriera para que éste cumpliera sus deseos.

El juego lo había aprendido el día anterior durante la visita que ella y toda su clase habían hecho al hospital. Era muy emocionante preguntar, sobre todo si se sabía que la respuesta sería auténtica.

El moribundo que habían visitado ayer les había relatado su vida y lo que había aprendido en ella. Lo más impresionante —pensaba la niña— había sido la última parte, cuando aquel ser les había instruido acerca de la comunicación sin palabras ni movimientos. Y después, cuando había mencionado lo que sentía a medida que la hora de morir se acercaba. No desaparecemos —les dijo— más bien dejamos de observar, somos un tabernáculo y en ese instante, el tabernáculo se abre.

segunda parte

comentarios

del tercer estado

Cuando recibimos información del exterior, construimos una representación interna de ella, representación que no es más que cierto estado de activación multineuronal.

La representación es la información transformada en nuestro cerebro en señales eléctricas. La información contenida en una representación es una disposición tridimensional de elementos activos, los cuales, por su geometría de localización y temporalidad de activación son infinitos en posibilidades, mismas que constituyen un particular patrón geométrico asociado con una información específica. El carácter infinito del número de patrones geométricos nos da la capacidad de ver infinidad de formas y oír multitud de sonidos sin confundir unas con otros.

Sin embargo, hay un límite que permite distinguir entre dos objetos muy parecidos. Este límite —estudiado durante decenios por la psicofísica— representa el momento en que dos patrones geométricos no pueden diferenciarse entre sí y debe ser inversamente proporcional al número de posibles disposiciones geométricas.

Pues bien, así como existe una representación del mundo exterior, también hay un proceso en el que se tiene información sobre la representación y es el proceso de "saber" acerca de lo que representa una representación, lo que comúnmente denominamos "conciencia".

El estado de conciencia es un paso evolutivo gigantesco; casi como el que dan los materiales inertes para tornarse vivos. Comparado con el ser que sólo tiene representaciones, el que tiene conciencia es como un gigante al lado de un mosquito.

Parecería —por la discusión precedente— que sólo existen dos estados, el de información y el de conciencia; sin embargo, esto es sólo aparente, existe un tercer estado, caracterizado por el saber que se sabe, por el tener conciencia de que se tiene conciencia.

Este tercer estado es el próximo paso evolutivo: la superconciencia. Tal es el estado que se busca, el único estado aceptable ya.

del dar crédito

Del dar crédito
se desentrañan mundos,
universos nuevos
del dar crédito.

Del dar crédito
el•poeta amigo
se convierte en
receptor de continua
cognición. . .
del dar crédito.

Del dar crédito,
el ser sucio
enfermo y loco
que olfatea su reloj
y lo mira repetidamente,
del dar crédito

Se vuelve en
parador del tiempo
que experimenta nuevos
métodos. . .
del dar crédito

Del dar crédito,
la costurera,
simple y gordezuela,
se transforma
en contadora de
historias, creadora
absoluta de vidas
del dar crédito

Del dar crédito
un perro, animal
juguetón y bueno,
cambia a ser
conciente del peligro,
cuidador de territorios
y poseedor de ser,
del dar crédito.

Del dar crédito,
el verbo vano y
vacío
se convierte en vivencia
del dar crédito.

Del dar crédito,
la música, sólo
ritmo, melodía y
percusión
del dar crédito,
se transforma en
mensaje cifrado,
gota de oro de
realidades
del dar crédito.

Del dar crédito,
el viejo inútil
amnésico e infantil
del dar crédito,
se transfigura
en poseedor de
secretos y
sabiduría
del dar crédito

Del dar crédito
el niño, pequeño
e indefenso,
se vuelve maestro
del dar crédito.

del comienzo

Cuando el pasado se ha logrado aclarar y todas sus dependencias destruir.
Cuando se logra vivir respetando nuestra capacidad de continuo cambio y descubrimiento.
Cuando la memoria deja de ser pretexto.
Cuando somos lo suficientemente capaces de ver y en lo que vemos no hay azar.
Cuando cada instante es lo más valioso y se deja de jugar.
Cuando cada palabra proviene y surge del ser.
Cuando desaparecen las cualidades y las categorías y la única duda es la propia capacidad para penetrar universos.
Cuando el miedo se sustituye por asombro y la soledad por unicidad.
Cuando lo único válido es conocer.
Cuando todo esto pasa y lo que queda por aclarar es la razón y el sentido de estar aquí, se está a un paso del ser.
Cuando aún esto último se conoce, comienza la vida del ser.

de las explicaciones

La vida del hombre de las cavernas era una continua lucha por la supervivencia física. Lo que explicaba todo era la regla que al aplicarla mantenía la vida. El filósofo de esa época era quien se daba cuenta del juego que se debía practicar para no "morir".

La vida del hombre de la tribu de la magia y la superstición era de constante asombro y miedo por las fuerzas naturales. Lo que explicaba todo eran las conductas estereotipadas que se debían ejecutar para no hacer recaer sobre uno la potencia de esas fuerzas. El filósofo de esa época era quien se daba cuenta del juego que se debía practicar para no "perder".

La vida del miembro de un gremio del medievo era el conocimiento del oficio y de las reglas y leyes que permitían la convivencia. Lo que explicaba todo eran los secretos de la labor manual y las cualidades y posición del gremio. El filósofo de esa época era quien se daba cuenta del juego que se debía practicar para no "cambiar".

La vida del hombre de las cruzadas tenía por meta salvar los lugares sagrados. Lo que explicaba todo era la forma de lograr aquel fin. El filósofo de esa época era quien se daba cuenta del juego que se debía practicar para no "pecar".

La vida del hombre renacentista era el descubrimiento de las leyes naturales. Lo que explicaba todo era la curiosidad por conocerlas. El filósofo de esa época era quien se daba cuenta de cuál era la razón para "saber".

Todas las épocas han tenido diferente interés de vida. Todas han sido explicadas de acuerdo con su nivel.

Cuando ha ocurrido un verdadero desarrollo, éste ha significado destruir una explicación y las conductas y metas que la mantenían.

Cada vez ha sido más difícil explicar y la explicación se ha acercado a la simpleza:

El hombre social se ha tornado guerrero.
El guerrero en pensante.
El pensante en político.
El político en religioso.
Y el religioso en hombre.
Es aquí donde desaparece el filósofo.

de la memoria

El nivel más elevado en que funciona un ser humano es aquel en el que desaparece la memoria, aquel en que no existe pasado digno de recordarse, aquel es que el ahora es la única vía de desarrollo.

El hombre que realmente se respeta es el que confía en su capacidad de vivir en continuo renacimiento y transformación, aquel para el cual deja de existir juego de actos o palabras y de recuerdo, aquel que sabe que cada momento puede significar la muerte y por lo tanto lo vive como si fuera el último.

En este nivel, la memoria es ficción o pretexto, reflejo limitado de instantes que no son ni fueron, caída en el fango del no ser.

de la totalidad

Todas las estrellas se encuentran en cualquier punto desde el cual se observen. Todos los objetos pueden observarse desde cualquier lugar en el cual nos encontremos. Esto significa que en cualquier punto infinitesimal del universo converge toda la información de éste.

Si esto es cierto para lo que nos rodea, también lo es para nosotros mismos. La totalidad de nosotros mismos puede observarse a partir de cualquier punto de referencia. La única distinción es la perspectiva mas no la existencia.

del ver y del oír

La pregunta no es ¿cómo vemos? sino el hecho de hacerlo.

La incógnita no es ¿cómo oímos? sino el poder hacerlo.

La luz como luz y el sonido como sonido.

El dolor como dolor y el placer como placer.

No existe nadie dentro de nosotros que vea, oiga, sufra o se alegre.

Tampoco existe nadie fuera de nosotros que haga lo mismo puesto que estas cosas no existen en sí mismas en la forma como las vemos y percibimos.

Lo asombroso y esotérico es que vemos, oímos y sentimos.

Ésa es la pregunta, aquí, en el mundo.

del tercer camino

Un camino tiene por punto de partida y referencia el dar crédito a todo, con referencia en el yo.

Hay otro camino que por punto de partida y referencia tiene el dar crédito a todo con referencia a Dios.

En el primero, todo tiene humanidad.

En el segundo, todo tiene religiosidad.

Y hay un tercer camino, el que le da crédito a los dos en uno.

Es el camino que conduce hacia el tercer estado.

de la comunicación

Si el cerebro funciona como sistema productor de campos energéticos tetradimensionales en expansión, y éstos contienen en sí mismos información. . .

Si el universo del otro es un espacio tetradimensional de campos energéticos en expansión. . .

Entonces la comunicación entre el cerebro y el universo del otro es posible a través de las influencias recíprocas que los dos campos ejercen.

No solamente la comunicación sino el conocimiento de ésta.

Y no solamente el conocimiento de ésta, sino su significado.

Y no solamente el significado del conocimiento del universo, sino el universo mismo como ente cognoscitivo.

del artista

Un verdadero artista siempre expresa en sus obras a su yo interno; pero, a diferencia de otros hombres que manifiestan este yo en forma cotidiana, el artista utiliza el lienzo, la composición musical o la obra escrita.

El camino del artista está lleno de vicisitudes. Continuamente viaja entre el universo del ser, con toda su complejidad y fantasía alejadas de toda limitación, y la necesidad de transmitir tal universo.

La conformación externa de la obra artística es siempre un pretexto para la transmisión interna. El que sea capaz de ver el contenido oculto de una obra de arte, sabrá el mensaje y no lo confundirá con la conformación. Conocerá que el mensaje siempre está dirigido a él mismo.

del ser y hacer

A y B están platicando. Dice A: —Existen dos niveles: Uno en el que se es lo que se está haciendo y otro en el que no. En el primero, el hacer algo es siempre ajeno y extraño, sólo impuesto o envidiado, nunca auténtico. En el segundo, todo se convierte en lo que se hace, el yo mismo es eso.

—Sólo dos? —pregunta B.

—Trato de pensar en la existencia de otro nivel y no puedo hacerlo puesto que estoy en él —contesta A.

—¿Qué te parecería la posibilidad de ser, en lo que estás haciendo? —pregunta irónico, B.

—Bueno, mejor me parecería verlo desde arriba, en su significado —contesta serio A.

B insiste:

—El ser en el hacer es bello.

A, pensativo, contesta:

—Mi forma de ser en el hacer es viendo el significado de lo que he creado, mis ideas e imágenes y ¿sabes?, también la de los otros.

B asiente y calla.

A asiente y sufre.

de la proyección del mundo

El mundo de los objetos y seres que percibimos es distinto del de los objetos y seres que imaginamos: "el primero lo proyectamos al exterior, mientras que el segundo no".

La diferencia es clara y sencilla a nivel vivencial; rara vez confundimos el punto de partida y origen de nuestras relaciones objetales con el de las imaginativas; sin embargo, a nivel funcional la diferencia es oscura y compleja. La razón de la dificultad es el hecho indiscutible de que tanto el mundo percibido, proveniente del exterior, como el que surge del interior, resultan de la activación de nuestro cerebro.

Por tanto, la distinción no depende de la existencia o no de un mundo externo sino de la forma diferenciada en que, en ambos casos, se estimula la maquinaria cerebral.

En este punto, no es la activación de estructuras centrales (es decir, corteza cerebral) la que da la diferencia, puesto que también en ambos casos ocurre. De hecho, la estimulación directa y artificial de un punto cortical provoca la aparición de imágenes y sensaciones que en origen y detalle son imposibles de distinguir de las que ocurren cuando un objeto externo las activa a través de las vías sensoriales normales.

Por la misma razón, tampoco es la presencia o ausencia de activación de estas vías sensoriales lo que hace la diferencia. Quizás el análisis del fenómeno imaginativo sea la clave para comprenderla. Cuando imaginamos aparecen mundos, y en ellos está el yo, incluido e indiferenciado.

En cambio, cuando estamos despiertos es el mundo el que se incluye en el yo. En un caso somos lo observado y en el otro los observadores; en un caso no proyectamos al exterior y en el otro sí.

El yo debe estar asociado con aquella porción de nuestro cerebro que recibe la información de éste, información condensada y fundamental, pero al fin y al cabo, información.

La sensación de proyección externa del mundo podría estar relacionada con la secuencia en que se activa esta porción. Durante la vigilia, la activación sería el punto final de la cadena, resultante de procesos representacionales previos. En cambio, durante la imaginación, la activación de esta porción sería el punto inicial de la cadena, la causa de la resultante representacional.